MI CAMINO DE SANTIAGO

Léon Degrelle.

El Camino Jacobeo es el itinerario andariego en la búsqueda de la mística y la espiritualidad, en el refuerzo de la fe profunda y verdadera, ese hálito de aire puro y fresco que limpia el alma y vigoriza el cuerpo. Es desafío, sacrificio y gozo. Demanda y hallazgo.

León Degrelle, con nobleza y altruismo, lo emprende en solitario en 1951 y nos ha legado un testimonio de sus vivencias de esa aventura interior, que deja magníficamente reflejada en su "Relato de Peregrino". Sigue fielmente los pasos de los ancestros, de aquellos caballeros andantes de la cristiandad que un día, y durante siglos, intrépidos y soñadores, poetas y romeros, con su bordón y su vieira, se ponían a caminar atraídos por un ideal.

Es una ruta iniciática, griálica, donde las pruebas se suceden, la fatiga arrecia y el arte se funde y sublima en roca viva, elocuente, a veces enígmática e inquietante, siempre misteriosa y alegórica.

Los pasos se orientan hacia occidente, en dirección a los confines de la tierra, hacia el sepulcro de la fe.

Se abandona lo cotidiano para penetrar en lo ignoto, donde montañas y valles, riberas y regazos, páramos y mesetas, colinas y oteros se abren a nuestros soliloquios, en un reencuentro íntimo con nuestra fantasía y nuestra nostalgia, en un anhelo de voluntad y temple.

A lo largo de la ruta, por calzadas y senderos polvorientos y pedregosos, nos vamos encontrando con rancias leyendas y santos camineros, fragancias y emociones, que encarnan la policromía de los sentidos. El trayecto depura y sensibiliza. Silencio y soledad acompañan a las horas nómadas.

Se recorren iglesias y catedrales, fortalezas y claustros, hospederías y pórticos, hospitales y refugios, castillos y panteones reales, del alba al crepúsculo. Son jornadas intensas, donde brotan plegarias de unos labios sedientos y lágrimas de unos ojos emocionados por la belleza de la creación.

Piedad y devoción. Título de nobleza y expiación. Voto y promesa. Tradición milenaria y sempiterna.

León Degrelle, en esta crónica del Camino de Santiago, nos hace sentirnos sus compañeros de viaje. Sus cartas, que redacta al término de cada etapa, y cuyo remitente es el Jefe del Rex, el abanderado de la Cruz de Borgoña, parecen buscar, en todos nosotros, a sus destinatarios. Fue un diario que guardó en su cofre interior y que ahora, como obra póstuma, a modo de ofrenda y de apertura de emociones, se descubre y se publica para que se llegue a entender mejor a quien la fidelidad fue el orgullo de su existencia.

El documento es de una belleza plástica extraordinaria. Su descripción de los acontecimientos y avatares de la gran marcha peregrina por esa vía de las estrellas, inclemente y luminosa, es tan realista que, en clave de prosa poética, se vibra al unísono con sus emociones, hasta verse postrado a los pies, rodilla en tierra, de la venerada reliquia apostólica.

Valió la pena. Buscó y halló. Supo dar sentido a un impulso y llegó , tras las más alambicadas vicisitudes, como un caballero del medievo, a poder gritar, desde el Monte del Gozo hasta el Pórtico de la Gloria, la voz y el sonido de la peregrinación: ¡Ultreya!

JOSE LUIS JEREZ RIESCO
Presidente de la Asociación Cultural
"Amigos de Léon Degrelle".

NOTAS ESCRITAS CAMINANDO HACIA COMPOSTELA.

Burguete. Miércoles, noche, 20 de junio de 1951

He llegado a lo alto de la cordillera pirenaica, al famoso Col de Ibaneta (1.057 m.), desde donde se pueden divisar Francia y España, y, al parecer, cuando está despejado, el Mediterráneo y el Atlántico.
Es aquí por donde los peregrinos que llegaban de toda Europa a través de estas enormes gargantas, de un verde oscuro, se arrodillaban al pie de la "Cruz de Carlomagno", e incluso ellos clavaban una pequeña cruz de madera -las había a millares-; mientras, sobre toda la colina iluminada, crecía la esponjosa hierba.
Esta tarde, mientras que un admirable crepúsculo cárdeno caía sobre los montes, toda la colina estaba moteada de formidables carneros merinos completamente blancos con la cabeza negra; estos animales, esparcidos por estas vertientes, me evocaban las cruces blancas de antaño, talladas en madera fresca... Al fondo, susurraba el torrente, que era muy grande, de la bella Canción de Rolland.
Cantando, desciendo hacia Roncesvalles por un bosque de robles enormes, inclinados hacia los precipicios, a veces orlados del breve relámpago dorado de las retamas. Y siempre, al fondo, el rio, cayendo en cascada, cantaba.

Entre los grandes árboles, diviso la Abadía, mole impresionante:una admirable vieja torre de piedras azuladas, con almenas, encima de un porche; poderosos caserones, pero sin tejados, o cubiertos por horrorosas chapas grises y herrumbrosas.
Un canónigo se encontraba en la carretera.
-¿Hospeda la Abadía aún a los peregrinos?
-¡Oh!, Se dice que así era; hoy existen "fondas".
En la curva, tres policías interceptaban la carretera. He bajado el declive y penetrado en la Abadía, sin ser visto por los municipales.
Tres gruesos canónigos charlaban.
-¿Se puede visitar?
Mirada al "reloj".
-Es muy tarde. Mañana a las nueve
-Mañana a las nueve estaré ya lejos.
He comenzado la visita. Y el Padre barrigón, coloradote, me ha acompañado. Visita interesante. Iglesia colegial restaurada, aunque muy fríamente. Patio austero, bello, pero afeado por una fuente tipo "fotógrafo de feria" levantada el año pasado.
Pero lo esencial son las dos antiguas capillas de fuera:
1.-La de Santiago, pequeña, de una arquitectura conmovedora, cerrada¡se utiliza de almacén! Una mitad del tejado, reventado, ha sido recubierto de las famosas chapas oxidadas. Me parecía estar en una iglesia profanada del Donetz.
2.-La otra, del Espíritu Santo, que albergaba, según creían los peregrinos, los huesos de los Doce Pares, es admirable, pero se ha cegado la mitad inferior de las arcadas, obra maestra del gótico primitivo, para evitar las avalanchas de nieve. Los huesos de los Héroes, es preciso reconocerlo, no animaban el entorno.
Había llegado la noche. Entre grandes bosques, he descendido en una hora a este pueblo. Grandioso espectáculo llevado al infinito, el del valle de Semois, que se brinda a los sentidos amable, apacible, completamente perfumado por millones de flores de blancos espinos, multiplicadas al amor de la calidez de su bondadoso clima, nada comparable al paisaje que ofrecen al caminante los Pirineos franceses, tan fríos, secos, desnudos en su aridez, trasmitiéndole sólo la tristeza y grisura de su densa niebla.

Zubiri, jueves, 21 de junio de 1951

Dura jornada la de hoy, pero llevada a buen término, puesto que me encuentro aquí, en una arcaica aldehuela bautizada como Zubiri, a la que precede un vetusto puente de piedra azul completamente cubierto de hiedra, con un estribo enorme sobre el que se arrojan las aguas blanqueantes del río Arga. Antiguamente había aquí una leprosería de la que apenas quedan ruinas; un industrial de la madera "ha quitado los escombros" hace poco; el viejo escudo, que aún se erguía, me ha dicho el hospedero que ha sido llevado no se sabe dónde.
Albergue, es mucho decir. Es una vieja casa donde me acuesto en la cama vecina a la de un huésped, aserrador en la fábrica de madera próxima. Pero el suelo huele bien y cruje. El techo es bajo. Una viña sube en emparrado hasta la ventana. Así, pues, todo está bien.
Parto al alba, dado que tengo por delante treinta kilómetros. Debo subir a la cresta de dos picos de cerca de mil metros de altura. Estas ascensiones son interminables, y los precipicios son de tal hondura que no existe la posibilidad de acortar el camino.
Algunas aldeas son de casonas rechonchas, azuladas y moradas, colores de las grandes rocas cercanas que se cortan como crestas en lo alto de los montes. Pequeñas ventanas, algunos bloques macizos de granito. Todas estas casas tienen aire de fortaleza, vestigio

de las contínuas guerras de antaño en el valle. Incluso las iglesias son castillos-fortalezas, a veces colgadas en lo alto de una roca, como la del pueblo de Erro, unidas al lugar por una escalera de caracol. Todas están protegidas por una torre casi tan ancha como alta, con pequeñas ventanas inaccesibles, último reducto del burgo en peligro.
Muchos de los tejados que cubren las casas son de pizarra, con aleros de madera, que me han hecho recordar los que había visto en Estonia. Generalmente, encima de la enorme puerta romana de piedra, campea un escudo tallado de la misma piedra, o un símbolo religioso rodeado de flores o de animales, con frecuencia jabalíes. En casi todos figura también una fecha:1625, 1779, etc.
En realidad, casi nada ha cambiado bajo estos amplios cielos grises; el pie de estas montañas están cubiertos de pinos o aclarados de landas; muy alto, se pueden distinguir los centenares de pequeñas bolas rubias que semejan los carneros. Por aquí y por allá, algunos perales alrededor de las casas cuadradas, nunca aislados. Por dos veces, me he arriesgado a ir por caminos transversales, una vez en pleno bosque, donde estuve a punto de perderme¡eran tan hermosos los helechos! Pocos pájaros. Las cascadas de agua abundan. He atravesado, sobre un puente colgante de madera, un río bajo las ramas. Pensaba sin cesar en mi padre, en nuestros paseos de antaño. Finalmente, he llegado a una planicie, desde donde diviso, a lo lejos, el dragón azul de macadán de mi itinerario. Todo el descenso rocoso no era más que un bosque de boj, de bojes enormes, invadido el ambiente por el perfume embriagador que desprendían las dulces flores rosas de millares de gavanzas. Las comí en abundancia. Suculento manjar. ¿Por qué no las ponen de postre? Proporcionarían a todos ideas poéticas. ¿Para qué sirve todo lo demás?
Cerca del agua, otro perfume, el de la madera de los viejos aserraderos cantadores, hacia los que descienden, entre los barrancos, los largos pinos desnudos que reciben abajo los pacíficos bueyes, con la cabeza uncida por el yugo, tocados con un extraño gorro pastoril adornado a veces con algunos abalorios pardos.
La tierra es severa. Pocas sonrisas. Por tanto, me detengo en un pequeño albergue, había consumido dos "copitas" y cuando iba a pagar el lugareño exclama:
- ¡No es nada! ¡Santiago! ¡Santiago!
Y su mano indicaba lontananzas inaccesibles.
Camino duro. Mis gruesas tachuelas resbalan sobre el macadán. Debo caminar en la gravilla de los bordes como nuestros bravos pequeños "burros" andaluces. Hacía fresco, un fuerte viento barría el camino. Después amaina. Y comienza la lluvia a caer, tenaz, durante los seis últimos kilómetros.
Un gran cielo gris plomizo se extiende, esta tarde, sobre los campos y los montes, de un verde sombrío. Se escuchan voces, ruídos de cubos en el río. Dos grandes campanas, gris-verdoso, me miran, como dos ojos garzos, desde la torre del campanario macizo, con bellas aristas de piedra grisácea.
Mañana partiré temprano, para llegar a Pamplona hacia el mediodía.

Pamplona.Viernes, 22 de junio de 1951 Carta 4

¡Qué día! Cinco horas de "tormenta", con millares de gárgolas invisibles mojándome desde lo alto del cielo.
Cuando me he puesto en marcha, a las 6, 45 h. , ya llovía. Nada terrible. Pero me obliga a ponerme la gabardina, a la que ya no le queda más que un agujero del cinturón y que me aprieta de una manera muy singular contra mis "tripas". Tierra todavía más impresionante, con sus grandes regueros de llovizna aureolando(esa es la palabra) las crestas grises de los montes. Prados oscuros, abetos negruzcos, bajo el ancho cielo con nubarrones grises. Bonitos matorrales de hojas de cabra junto a las zarzamoras, nobles

flotillas de álamos alineando el sonoro río, que, pasando bajo los viejos puentes de piedra con enormes aberturas, cae en cascada contra las peñas. Horribles parapetos de betún les cubren a veces, delgados, gris pálido, insultando la hiedra espesa, que terminará, espero, por vencer. Pocas aldeas; una sola calle, con bellos blasones esculpidos encima de las puertas romanas, debajo del amplio alero, que las protege de las nieves. Algunos, temerosos, han subido a la mitad de la cuesta sus casas y sus iglesias fortificadas, auténticos castillos feudales. A veces, bonitas cosechas amarillas de gramíneas recubren un prado. Las espigas, cortas y verdes, se agitan en ondas sobre sus tallos nuevos (¿ya habías reparado en estas dos líneas de color, verde-amarillo las cabezas aureas de las tiernas espigas?)
Me pongo en camino con los cabreros, cuyos graciosos rebaños, testarudos, me rodean como flotas marinas.
¡Pero el mar iba a caerme sobre la cabeza!
¡Qué catarata!
La borrasca brama como un tren en el valle. El fragor del trueno, como en el poema de Vigny. Relámpagos semejantes a las almas de la epopeya. Me refugio junto a un grueso árbol, esperando que un rayo me fulmine. Es gracioso ver cómo las gotas al pegar sobre el pavimento, se lanzan de nuevo hacia el cielo como una boca que devuelve un beso... El "coche de línea" llegaba bamboleándose, se detiene, no me decido en absoluto. No soporto mal el agua, a pesar de las hojas goteantes.
Fue entonces cuando brotó, como del fondo de la tierra, una voz cristalina lanzando una melodía navarra. Me parece una alucinación. Pero la voz surgía cada vez más pura. Corro hacia ella. Bajo un pequeño puente romano, invisible desde fuera, porque las hierbas le ocultaban, era donde un cantante local había encontrado refugio y, bajo todo este diluvio, ¡cantaba su alegría! Me acurruco a su lado, con las botas sobre gruesas piedras, mientras que el agua, junto a ellas, zigzagueaba.
Cuando la tormenta amainó, me pongo de nuevo en camino. Pero la lluvia no cesa de tocar el piano sobre mi cabeza a lo largo de todo el trayecto. He llegado al mediodia, a toda marcha, empapado, la ropa para retorcerse, la mochila calada. He tenido que dar todos mis bártulos a lavar y, sin chaqueta, tirito, envuelto grotescamente en mi gabardina de nylon negro, de donde sobresalen las alpargatas de un blanco inmaculado.
Quise, así acicalado, volver a la Catedral. El panteón de los reyes de Navarra es uno de los más bellos del mundo, gótico, con dos estatuas yacentes policromadas, rodeadas de una veintena de estatuillas de una perfección conmovedora:obra maestra, de Tournai.
- He leído su libro, la semana pasada.
¡Fui descubierto! ¿Por quién? Por el secretario de la Diputación. Encantador. Todo lo que se quiera. Me ha prometido guardar el secreto, me ha colmado de obras locales con fotos. Pero ¿podrá guardar su secreto?. Juntos, hemos pasado revista a las maravillas de los capiteles del claustro:corridas de toros (¡en el siglo XIV!), danzas locales, esculpidas al mismo tiempo que los combates con los animales salvajes, escenas de la vida de Adán y Eva, de la construcción de la Torre de Babel, de los autos sacramentales y de los duelos, (¡la iglesia glorificando el duelo!)de una gracia exquisita.
Un matrimonio francés se había pegado a nosotros, el marido acababa de dirigirme la palabra en francés, pareciendo, también ellos, haberme reconocido perfectamente. ¡Las catedrales no me traen nada bueno! Pero qué tragedia la de sentirse acosado dondequiera que uno vaya. Este viaje, de hecho, es terriblemente peligroso. A pie, estoy a merced de cualquiera. Extenuado por las etapas, puedo ser atrapado en la madriguera como se coge a un animal abatido.

Sábado, 23 de Junio de 1951. 4ª Etapa, Puente la Reina. Carta 5

Estoy entusiasmado.
Ayer había llegado verdaderamente agotado a Pamplona, sin fuerzas, y tenía que recorrer hoy una treintena de nuevos kilómetros. He llegado a Puente la Reina mucho menos fatigado que la víspera, con un paso naturalmente más vivo al final de la etapa. Me siento confiado. Creo, ahora, que mi proeza podrá proseguirse felizmente.
No he podido quitarme el impermeable. ¡Por aquí hace un frío de invierno ardenés! Pasé mi tarde de ayer y la velada completamente aterido. Esta tarde, debo enroscarme mi pantalón de repuesto alrededor del cuello para poder entrar en calor. Sopla un viento gélido, cortante. El trigo -recolectado ya en Andalucía- está por aquí aún corto y verde. manzanas y peras no son más que pequeños guijarros ásperos.
He salido a las siete, en medio de niebla meona.
Nada de estremecedores tornados, pero de cuando en cuanto, un chaparrón cae de un admirable cielo gris, resbalando en los largos faldones pedregosos.
A la salida de Pamplona, fuí despedido por las S y las "conchas" del escudo de la ciudad, cincelado sobre el puente. Después, bastante deprisa, el valle se prolonga. Pero éste no era (¡lejos de ello!) la llanura de la que hablaba la guía. Se subía, se bajaba, entre los trigales matizados de amapolas, de viñas, entre montañas solemnes (de diez kilómetros a cada borde del camino), abrazadas por las nieblas flotantes a media altura, o cortadas por las erosiones, limpias, altas como gigantescos acantilados por donde fulgentes llamaradas de sol rosáceo se abatían a veces extrañamente a través de la bruma. Rosa es ahora la piedra, gris y violeta antes. Rosadas son las casas aldeanas de los lejanos cerros edificadas con gruesos morrillos alrededor de su iglesia castillo-fortaleza, ennoblecida ésta por altos abedules parecidos a los cipreses de los pueblos de Toscana. Estas poblaciones me recuerdan al Arno, dulces y fuertes como allí, prudentes como allí, distantes de la calzada por donde pasaban antiguamente las bandas rapaces de los soldados de fortuna. Durante toda la etapa no he visto un solo albergue, no he tenido la oportunidad de comprar ni un poco de fruta. Las personas con las que uno se cruza a veces -muy raramente- son graves, incluso cuando están en una situación pintoresca, como la de aquel paisano que llevaba sobre su cabeza el más gracioso de los canastos floridos:toda la blancura inmaculada , coronada de rojos vivos, de seis pollos capones maravillosos, con medio cuerpo fuera del mimbre, apareciendo, desapareciendo, conforme al zarandeo cadencioso del portador.
Cielo gris, nuboso, daban al paisaje de trigales verdes y de lejanos abetales oscuros, una luz extraña, malva, como manando de rocas rosadas y cárdenas.
Por fin he llegado, a través de estos parajes asombrosos y casi indescriptibles, a Puente la Reina, la pequeña ciudad que sirve de enlace y en la que se reúnen los grupos de peregrinos que llegan de Roncesvalles con los que, provenientes de los "romeros" del camino de Arlés, alemanes en su gran mayoría, se bifurcan por Cataluña y Aragón.
A la entrada del burgo he vuelto a admirar (ya lo conocía desde hacía mucho tiempo) la efigie de Cristo mas magnífica que habia visto en mi vida; renana, con una altura de tres metros, esculpida en madera en el año 1400; de patética expresión, sin ser dramática; de un realismo, sin llegar a ser espeluznante, por demás conmovedor; el más verídico exponente de las más famosas esculturas de Cristo debidas a las virtuosas manos del primitivo alemán Grünewald. Fueron precisamente los peregrinos alemanes de aquellos tiempos quienes, a pesar de la corpulencia de la escultura, cargada sobre sus doloridos hombros la trajeron a este pueblo, para presidirlo y protegerlo y que es desde entonces guía de caminantes y devotos; esos pobres peregrinos germanos que sufrían el escarnio de los bribones y a quienes todo el mundo atropellaba, metía en la carcel y ponía en

ridículo. Y ¡cosa bizarra! En el hospitalillo de la capilla, a pesar de su estado semi ruinoso, dos monjes alemanes han venido para reinstalarse.
En el otro extremo de la ciudad, donde numerosos franceses, encargados de construir los molinos, vivieron durante la Edad Media, otros franceses religiosos, se instalaron a su alrededor. Aquí, la Europa cristiana continúa.
Este burgo no es más que una calle, una de las más extrañas que yo he visto hasta ahora; estrecha, todas sus casas son altas, de tres pisos, con enormes puertas cocheras de madera, maravillosamente tachonadas, luciendo orgullosas sus blasones de piedra. Nada, en esta larga calle, ha cambiado en ocho siglos. Los coches deben contornearla. Conserva sus gruesos guijarros, sus anchas piedras lisas.
¿Comodidades? La leyenda dice que aquí se alojó Carlomagno. Sin ninguna duda, en esta misma cama que ahora me cobija, pues no hay más que ésta, en la única fonda de toda la calle. Incluso la habitación que ocupo, con su cama empotrada en la alcoba, debe servir en otros momentos de clínica dental, a juzgar por la silla metálica -¡claramente también del siglo XII!- que constituye su única decoración, y la palangana donde escupir, que hace también las veces de barreño (evidentemente sin agua corriente) en el que... ¡uno se asea!
Retorno para volver a visitar la iglesia del Crucifijo, de este sublime Cristo renano. La portada, de la Alta Edad Media, no puede ser más extraña, pues mezcla las escenas más eróticas, con las más campestres y con las más edificantes. A la derecha, abajo, una mujer se remanga toda y estira su vientre. A la izquierda, un hombre desnudo, alarga otra cosa, enorme. En alto, para que se sepa verdaderamente a qué atenerse, un hombre encoge sus dos pies hasta su boca para valorar aún mejor el plato que se le ofrece. De hecho, un sermón sobre la "carne", es realmente impresionante.
En la misma arcada, hay esculpidas otras veinte piezas que representan Angeles, Dioses, animales dóciles y graciosos, entreverados de plátanos, con flores de lis... Imaginación y también, en el fondo, la santidad magnífica de esa época. Pero, para terminar, el pecado original¿cuándo está datado? Pues irónicamente, es a las personas que entran en la iglesia, y a los peregrinos que llegan de todos los países, a quienes se muestran estas esculturas tan... llenas de vida. ¡En el momento del recogimiento!¡Y tanto a los niños como a las mujeres, o a los hombres!¡Y el clero no sólo las admitía, sino que también las pagaba ! Las pagaban caras:los escultores de las iglesias eran los mejor pagados de su época.
Vi también, detenidamente, la iglesia dedicada a Santiago, en la que encontré la estatua más magnífica que existe del Apóstol Peregrino, cuyo busto se reproduce en la cubierta de mis "Peregrinaciones a Santiago", obra en tres volúmenes. Se la descubrió, hace algunos años, enterrada en la sacristía, dado que antaño se enterraban, antes que destruirlas, las estatuas que ya no se querían. Me pasé extasiado una hora junto a ella.
Todo el "pueblo" me encanta. Lo abandonaré con pena mañana, domingo, después de haber comulgado.

Estella, 24 de junio de 1951. 5ª etapa. 120 km Carta 6

Me siento completamente estremecido. Me están pasando cosas verdaderamente extraordinarias, impresionantes. He llegado a este pequeño pueblo maravilloso y me he perdido, sobre un verdadero tesoro de antigüedades.
En primer lugar, ¡tengo una placa de hierro forjado! Si, es la que ha generado la partida.
Hoy, domingo, he llegado, muy rendido, a Estella, a las dos y media del mediodía. Todo estaba cerrado.

Sin embargo, buscaba. Vi, a través de una de esas enormes puertas del lugar entreabierta, dos cruces de piedra. Esto me intrigó. Me introduje. Salió una anciana. Después, un hombre joven, de mirada noble. Tenían en salas inmensas un montón de cosas viejas. El joven -a su guapa mujer y a sus dos chiquillos los vi después- rastrea la región, apasionado por las antigüedades.

Primeramente, una placa forjada (la primera que veo en España), muy original, bastante pequeña, la hubiera querido gigante, pero muy bonita. Me gusta. Mañana por la mañana para continuar el camino me la pondré.

Con... otras tres tacas:¡sí, otras tres! Aún más pequeñas, pero encantadoras, que utilizaré seguramente con mucho agrado algún día.

¡Pero el resto! Cofres -los celebres "arcones"- adornados con esculturas maravillosas. ¡He comprado cinco! Después, mesas...A continuación un armario, carcomido, gracioso. Incluso un "calentador", es decir, una espléndida caldera de cobre, cincelado enteramente con corazones... ¡Hecho! Luego, un mueble muy bonito, con cajones, con su mesa de època, perfecto tanto el uno como la otra. Y para rizar el rizo, un Cristo sublime. Salí de ahí trémulo como un tambor.

¿Cómo pagarlo? Me las arreglaría. Es consolador ver cómo mi cabeza hace todavía ingresos, mi cabeza sin nombre. En cualquier pueblo electrizo. Por todas partes, corren hacia mí, me visitan, me conducen y me brindan un afecto nacido misteriosamente, pero, por doquier, también espontáneo y fuerte.

El hombre joven me acompaña, después, a visitar un montón de cosas apasionantes. Esto es muy bonito.

La vida es belleza. ¡Encontrar lo bello, prenderse de la hermosura, es de una voluptuosidad tan elevada!

Los Arcos, 25 de junio(final de la 6ª etapa) Carta 7

El viento sopla, glacial. Pero mi corazón canta. Todo marcha bien.

Retrocedo mi visión a dos días atrás. Estaba en Puente la Reina, donde... ¡se hospedó Carlomagno! ¡Ocupaba la única cama de la única fonda; era la suya, con toda seguridad! ¡Gran honor que yo aprecié menos cuando me sentí devorado por las pulgas! ¡El gran monarca tenía la piel dura y estos modestos, pero voraces, sujetos habían tenido tiempo de proliferar! ¡Me estoy siempre batiendo cuerpo a cuerpo con estos descendientes de las epopeyas antiguas!

Me han acompañado a la vieja iglesia de Santiago; después, todos juntos, hemos reanudado el camino. Además de las pulgas, el Secretario del pueblo me acompañó durante todo el recorrido hasta la aldea próxima. Era un buen hombre, gracioso, pequeño, brincador, nervioso como mis ocupantes. Se opuso, con tesón, a que siguiera mas, durante estos primeros kilómetros, por la gran carretera asfaltada que se dirigía hacia los altos, sino que prefirió tomar la antigua calzada romana que seguía poéticamente el cauce del río Arga, ligero, transparente, sobre sus peñas blanquecinas, ante Pamplona; aquí, ancho, de un bello gris verdoso, bordeado de largas filas de álamos del Canadá. Era embriagador. En lontananza, por todas partes resplandecían los montes rosas violáceos, engalanados de penachos de plumas verdes, oscuras, de los pinares. Después, poco a poco, ésto llegó a ser menos exquisito. Nos encontramos ante un viejo puente cortado. Fue necesario sumergirse penosamente en el cauce (¡operación en otras ocasiones tan agradable!) y remontar. Mi buen secretario no podía volver a encontrar la pista, y se dirigía, sin cesar, hacia mi, locuaz, dando vueltas y revueltas a mis pies. No nos quedaba más opción que enfilar derecho hacia la cumbre de la enorme montaña por los restos de la calzada, pisando escombros, bordeando los romeros y mil

plantas con espinas, clavado al suelo intransitable por mis enormes zapatos, tirado hacia atrás por mi macuto. Desde lo alto, el paisaje era admirable; felizmente, todo el Sur, ofrecido en mi "peregrinación", se abría entre las rocas, en una gran corriente de viñas verdes, de cabras, de aldeas amarillas a lo lejos, de montes grises y violetas, de luz viva. Mi pequeño secretario caracolea en mis manos una última vez y luego prosigo mi camino, ya solo

Era domingo. A medio camino, me dejo tentar de nuevo por la famosa calzada romana. En algunos tramos la "carretera" la absorbe. Otras veces, se desvía, se sale de su lado, estrecha, con sus grandes guijarros cortados entre sus dos cunetas de anchas baldosas, completamente rosáceas por el sol. Esta vez, las dos cintas claras suben hacia una vieja aldea comprimida, en lo alto de un monte, alrededor de la habitual iglesia fortaleza, llamada Ciranqui. Paso bajo un viejo portillo majestuoso, subo, por el callejón empedrado, entre casas con grandes escudos de piedra rubia y alcanzo la terraza de la iglesia; después, el pórtico, maravilla del gótico primitivo, con esculturas mezcladas de personajes, de frutos, de flores, de hojas de helechos.

Todo el pueblo asistía a la misa mayor. Fuera, no había un alma. Imposible encontrarlas en estas callejuelas. Fui hacia las ruinas de la fortaleza; descubrí, desde allí, las dos serpientes de "mi calzada" romana, después de mi "carretera" de asfalto azul. La retomé por un viejo puente de peregrinos, a medio derribar, magnífico, enorme.

Iba muy retrasado. Y me había fatigado mucho. Mi gran anhelo, en mi aventura, es ir siempre a un paso igual, sin pedir a los pies esfuerzos desordenados; dejarlos reposar, de cuando en cuando, jugando con los dedos de los pies poéticamente al viento, para que no se calienten (como un motor, en definitiva). Pero el sol, que iluminaba los viñedos, me vigorizaba, aunque de vez en cuando caían algunas gotas lanzadas por las grandes nubes, separadas de las montañas, como si su amarre se rompiera. Alcanzo un nuevo gran río, el Ega, también admirablemente verde y gris entre sus álamos. Es el tercero y último afluente del Ebro, por el que pasaré mañana:

"Arga, Ega y Aragón
Hacen al Ebro varón"

me responde un viejo viñatero cuando le pregunto el nombre del río (el Aragón, está más al este, es también un río, y no tan sólo una región).

El Ega verde me conduce finalmente (son las dos horas y media del mediodía) a Estella. Entrada desastrosa:profanando admirables iglesias góticas de la ribera derecha del agua, una enorme fábrica blanca, con su horrible cartelón "Fábrica de embutidos", aniquila el paisaje. ¡Vergüenza para los "embutidos"!.

He pasado esto a prisa y mis maravillosas sorpresas comenzaron. Largas calles estrechas, bellas armas, puertas enormes con los tachones estrellados, flores. Al fin, una fonda; "Fonda la Seta", o sea, el champiñón. Pero no hay habitaciones. Se come ahí y se duerme en casa del dueño. Me llevan a la "Calleja de los Toros", el callejón de los cornúpetas. De hecho, de toros nada había allí; sólo en lo más alto de una casa miserable, una anciana abrigada con una curiosa piel:¡un gran gato vivo que le rodeaba completamente el cuello! Pequeña habitación, limpia, que daba sobre la plaza con soportales sosteniendo las altas casas con balcones

Comí y, después, me dispuse a recorrer la ciudad (6.000 habitantes), que ha conservado, además de los endiablados "embutidos", todo el sabor de la Edad Media. Estella es enteramente creación de los peregrinos. Allí llegaban en grandes cabalgatas, atravesando las calles similares aún a las de hoy en día, sólo que aquellas eran otras.

Numerosas iglesias, cuyas campanas, como entonces, se turnaban en la noche, marcando las horas en el aire negro, antes de la nueva partida.
He llegado en primer lugar al viejo palacio real, en el que, sobre un capitel ducal, se halla esculpido el célebre combate de Roland con el gigante Saragut ¿Sabéis quién ocupa este magnífico palacio, entremezclado con las obras maestras en miniatura talladas en la piedra:escenas de caballería, frutas, pescados, personajes mitológicos? ¿Un príncipe? ¿Un poeta? Me apuesto lo que queráis que no:¡los desgraciados de la ciudad! ¡Es la prisión! Roland, merodeando en la piedra, en el umbral del palacio de los delincuentes condenados a galeras!
En lo alto, sobre rocas (siempre la idea de la fortificación), se levanta la iglesia de San Pedro. Aún allí, su pórtico es románico, sublime; el templo es de bellos capiteles tallados; después, el claustro, bajo las grandes rocas blanquecinas de la montaña que soportan la ciudadela. No queda nada, del claustro antiguo, más que dos alas, pero de una poderosa belleza, con una columnata de esculturas religiosas y profanas todas diferentes. Una, particularmente, me ha divertido mucho. Un hombre y una mujer, con rostro y busto humano, pero con el vientre y las piernas de ave mitológica, como en los antiguos dibujos persas, están cara a cara. Rostro justo el uno delante del otro en la primera escena. Después, se acercan, se aproximan cada vez más. Seguidamente los labios se unen, bocas pegadas, apasionadas. Pero allí, ¡un sólido martillazo ha aplastado este beso, demasiado ardoroso y demasiado explícito!
¿Sabéis qué era este patio, donde los que se besaban en mármol tenían un sabor tan real? Era el cementerio de los peregrinos. Está completamente sombreado de admirables cipreses, graves, pero nunca tristes; aquí, donde se pulen al sol, son como elevaciones graves de las tumbas. Cruzado de pequeños senderos. Una bella fuente, fluyendo su agua rumorosa del surtidor, lo adorna siempre. Aquí reposan, con sus almas puras, los que agotaron sus cuerpos para ella...
En la iglesia, está sepultado un obispo griego, quien, habiendo llegado como un modesto peregrino, aquí murió, pobre, humilde en su dignidad, que no se había dado a conocer como tal. Sólo los milagros, más tarde, revelaron su identidad.
He permanecido más de una hora completamente solo en este claustro, bajo los coracanes blancos, con los verdes pinos, frente a los arcos tan nobles, a los cipreses y a los bojes lustrosos, mientras que, desde la villa invisible, subía el susurro del río verde. (Este río está completamente bordeado de álamos y de escaleras de piedra por las que las lavanderas bajan hasta el agua.)
Desde allí me fuí a las enormes ruinas, impresionantes, del convento de Santo Domingo, cuyas grandes nervaduras góticas aún se ven, perfilándose en el cielo azul, completamente crudas; después, me he llegado a la iglesia del Santo Sepulcro, muy original, principio del gótico, toda con una gran escultura exterior, muy noble, con detalles graciosos de pequeños ladrones, pies bajo la mesa de la Sagrada Cena, etc.; he vuelto luego a atravesar el río por un puente monstruoso, de cemento armado (el que antes había fue dinamitado durante la guerra civil) para volver a tomar la subida hacia otra iglesia, la de San Miguel, colgada encima de las callejuelas como un "burgo" renano. A ella se accede por una enorme escalera de piedra. Todavía se pueden encontrar ahí un pórtico románico prodigioso y un maravilloso retablo policromado primitivo. Se puede imaginar uno la fe de estas migraciones místicas, pues estas inmensas iglesias (cada una es una obra maestra y un museo) debían costar ingentes fortunas. Ahora bien, existe aún toda una serie de otras iglesias y santuarios:San Juan; Nuestra Señora de Puy (francesa). Nuestra Señora de Rocamadour (francesa), etc.
Es al final de este circuito grandioso cuando he coincidido con una anciana en el umbral de una enorme puerta, con tachones colocados sobre la placa, y después sobre el resto.

Ya conocéis la historia. No llegué hasta las diez de la noche a la plaza. Y allí ¡qué espectáculo! Al menos mil jóvenes mozos y mozas danzaban. Pero un verdadero baile. Gentil como todo. Delante de la vieja iglesia. Alrededor de una tarima, completamente cubierta de ramajes, sobre los cuales hacían ruído a grandes golpes de tango, algunos músicos del terruño.
Dormí poco aquella noche. Las múltiples campanas se relevaban entre mis pensamientos. A las siete de la mañana (aquí se levantan temprano), alegre y muy divertida, sonó una diana de trompetas:¡se despertaba la ciudad! Era tierra de partida de peregrinos detrás de sus alegres pífanos, como se podía sentir en muchos casos con bastante frecuencia.
He efectuado durante dos horas -no podía partir- un nuevo recorrido por estas iglesias, tan bellas; después he tomado, bajo un cielo encapotado (un pequeño chubasco de cuando en cuando), el camino hacia los viñedos. Por todas partes se sulfata. He admirado un caballo maravilloso, con las patas verdes, como en un retablo.
Dos grandes curiosidades en ruta.
En primer lugar, el grandioso monasterio de Irache, antaño reposo famoso de peregrinos. La iglesia, de finales del siglo XII, ha permanecido siempre tan sencilla y tan magnífica. Pero los edificios de la derecha han sido convertidos en graneros y, por todas partes, la paja asoma por las ventanas. A la izquierda, enormes montones de estiércol. Bajo el bello pórtico románico, incluso, infectas boñigas de vacas se habían acumulado a un metro de la siguiente inscripción:
"Monumento nacional
R.O. de 12 de Mayo de 1877"
¿Qué es un "monumento nacional"? ¿Los viejos santos de piedra o los excrementos?
Por estos pagos los reglamentos son tan fielmente respetados como por Andalucía. Mientras visitaba la iglesia de Los Arcos vi disputar, en la gran galería del porche, una frenética partida de "pelota", exactamente bajo otra inscripción que rezaba:
"Disposición Gubernativa
"¡Quedan prohibidos en este atrio toda clase de juegos
"bajo la multa de una a quince pesetas"!
...¡Sin embargo, en medio de las voces, la "pelota" se estrellaba alegremente a casi cada golpe con las esculturas, muy poco deportivas, del pórtico!
Otra cosa que me impresionó durante la ruta fue (ya ayer lo había visto, diez kilómetros antes de llegar a Estella) el espectáculo del castillo de Montjardin (sí, la palabra francesa), colgado en lo alto -completamente a pico- de una montaña enorme. Domina completamente el contorno. Enormes nubarrones le alcanzaban, le abrazaban, se renovaban. Es famoso por las proezas que allí tuvieron lugar -según el "Codex Calixtinus"; nuestro Carlomagno nacional fue quien expulsó al príncipe de los navarros (¡a mí no me ha expulsado nada más que con sus pulgas! ¡Todavía las arrastro!)

Logroño, martes, 26 de Junio de 1951. Final de la 7ª etapa.

Carta 8

Hoy ha sido una jornada dura. Una caminata de 35 km. Estaba bastante inquieto; a las seis horas de la madrugada, he partido.
Desde el principio, sol. Estaba seguro. Había consultado en el mapa la primera localidad que atravesaría: Sansol. El mundo está lleno de contradicciones ¡debía hacer sol!

Estaba detrás de mí, dibujando delante y precediéndome mi estilizada sombra con la cabeza alargada, como las viejas esculturas romanas de los pórticos. Me gusta mi sombra, no me molesta y me hace compañía.

Al cabo de dos horas llego a Torres del Río. Lugareños "brutos", no hay manera de conseguir (lo había pedido en dos casas) una taza de agua caliente para prepararme un café. Todos me miran, con ojo avieso. He debido ponerme de nuevo en marcha con el estómago vacío. Pero la parada en este pueblo y el entretenimiento valieron la pena, pues posee una sorprendente capilla, llamada del Santo Sepulcro, octogonal, con una "linterna de los muertos"encima. Existe otra, de este tipo, cerca de Puente la Reina, y una tercera en Francia. Son las únicas que quedan de la Alta Edad Media. Se cree que eran capillas funerarias, pero esto permanece en el misterio.

¡Con belleza, con gracia! A pesar de una horrible puerta de hierro y. . . de los árboles de varios metros, plantados en el tejado, que me han retenido mucho tiempo.

Enfrente, otro pueblo ocre, edificado en el pico de la roca.

Entonces¡se comprende que los bípedos desafiantes me importen un bledo!

Esta es la palabra: desafiante. Os miran de reojo, de soslayo. La mitad no responde al saludo. Dejan a sus perros que salten a vuestras piernas, sucios animales ladradores con grotescos collares cubiertos de grandes pinchos, para evitar ser mordidos en el cuello por los lobos.

El perro se te lanza encima. El campesino no le regaña. Antes de ayer una de estas sucias bestias me arrancó un trozo de mi impermeable. ¿Dónde están los dulces y divinos Rubio y Churri?

Al fin, hallo un pequeño lugar solitario donde una joven gentil me ha calentado el agua (en el frente una encantadora taca, la primera que he visto colocada en España). La chimenea era muy grande y, a pesar de ello, la taca, relativamente pequeña, estaba perfectamente destacada.

Pocas personas en el camino. Es notable lo poco que se anda en esta tierra. A veces, un autocar haciendo un ruído espantoso y apestando toda la carretera, durante cinco minutos, con su fuel-oil. Otras, un taxi, saltarín, lanzando explosiones, asomando por las ventanillas diez o doce cabezas rudas, coloradotas, entusiastas. Esto era todo.

Era mi último día en Navarra. La tierra se alargaba. Ya no había bosques sobre los "montes cenicientos". Dos o tres abetales de risa. Por todas partes, viñas, trigo, avena ya madura, y hacia el sur, a lo lejos, la enorme cadena montañosa de la ribera derecha del Ebro, negro, como los de aquí, con enormes excremencias blandas; catedrales fabulosas, como estalactitas gigantes de desmesuradas grutas y desaparecidas. Una blancura muy brillante delimitaba lo más alto de las montañas con el cielo. Creí, durante mucho tiempo, que la luna allí se había rezagado. Pero no, era un nevero; y además, aparecen por ahí por decenas.

A mi derecha, la larga línea de montes navarros grisáceo-blanquecinos, con las vetas violetas, todavía me acompañaba. La carretera subía, volvía a bajar, pero nos deslizábamos hacia el valle.

Finalmente, a las dos y media de la ytarde (había partido a las seis de la mañana) alcanzaba la última población de Navarra (que recorrí completamente, de punta a punta), llamada Viana.

Tú sabes que Navarra y Castilla lucharon fanáticamente durante dos siglos. Fue desde aquí y desde Logroño, enfrente, a nueve kilómetros, detrás del río(el Ebro), donde se batían.

Viana, ciudad extraordinaria, situada en lo alto, sobre el último monte navarro, con su recinto amurallado, repleta de palacios con amplios aleros de madera tallada, con formidables puertas claveteadas de bronce (¡y con clavos sublimes!), llenos de hierros

forjados, enormes, suntuosos; pero todos estos palacios están abandonados, en un deterioro lastimoso. En los bellos porches, se curte el cuero, se meten carretadas, o, lo que es más frecuente, están vacíos, nadie los habita. ¡En lo alto del altar de la Iglesia de San Pedro, con sus tres cuartas partes demolidas, un encantador Santiago caracolea sobre un caballo completamente blanco, destacándose sobre un cielo muy azul, para empezar!

He recorrido emocionado todas estas entrañables calles, como millares de peregrinos lo hicieron antes; después, he reanudado el camino. Enfrente se encontraba, pues, el enemigo, Logroño (que los peregrinos franceses traducían, con humor, "le Groin" -el hocico-, la jeta del adversario), al acecho; detrás del gran río iluminado, de aquí y de allá, por acantilados rojizos caprichosamente tallados casi en "conchas". Los montes más próximos, detrás de la ciudad, eran aún más impresionantes. De Logroño, escondido en el follaje, se divisaban los campanarios rojos y la luz azul-verdosa del gran río. Me fantaseaba imaginando a los centinelas vigilando la planicie desnuda donde no se izaban más que algunos abedules y algunos cipreses. Me imaginaba la emoción de los peregrinos cuando traspasaban las murallas y descendían hacia este nuevo territorio, con una moneda nueva, y cuyos habitantes tenían la fama de ser personas malvadas.

Atravesé cojeando (pues me salió una nueva ampolla, cada vez más protuberante, en la planta del pie izquierdo, y me valgo de las astucias de los Sioux para que no se me reviente)los nueve kilómetros que separan a estos dos bastiones. El sol calcinaba. Estaba extenuado, pero, aún así, cantaba. Y al fin, llegaba a la ciudad, magnífica al visualizarla; detrás, el agua mugiente; una ciudad ya más cercana, con campanas en las torres de las iglesias, completamente engalanadas de motivos arquitectónicos, del Renacimiento, o con decoraciones mudéjares, en ladrillos, con un admirable alto campanario puntiagudo, piramidal, de 45 metros de altura (Santa María del Palacio), contrastando con tantas torres fortaleza, rechonchas, admiradas a través de la vieja Navarra guerrera.

Pero la ciudad no vale lo que las villas navarras. Ciudad muy rica, cuna del vino de la Rioja, tan abundante y tan famoso. Cuando una ciudad se hace rica, se transforma en fea. Aquí, ni uno solo de los viejos portones romanos o góticos, como yo los había visto, alineados a cientos, bajo sus viejos blasones, en las estrechas callejuelas de Puente la Reina o de Estella(mi lugar preferido). La ciudad es, o de un lujo chillón y anónimo, o sórdido. Pero le quedan las iglesias; la de Santiago, en primer lugar, flanqueada, a veinticinco o treinta metros de altura, de un fantástico Santiago que abarca toda la anchura de la calle, obra descomunal y manierista, sombrero gran siglo, estandarte, cola del caballo tallada como una columna, alfanje, todo sobre un vigoroso corcel semental cabalgando por encima de las cabezas de los moros, seis veces más grandes que al natural.

¡Ah! ¡Cómo canto y qué encanto!

Estoy asado (¡con tanta solana he llegado a ponerme violeta, de tal manera que ahora estoy moreno, y comprendo entonces por qué los negros son negros!). En el pueblo, una fonda modesta, pero gentil, ofrece una bella vista sobre la llanura castellana. Quedo un poco decepcionado al examinar la primera iglesia. Pero a las seis de la tarde hice el gran descubrimiento: la Iglesia de San Juan. Había llamado, en la calle desde lo lejos, a un joven sacerdote, con una buena cara risueña, fresca, abierta. Me ha hecho visitar todo: la iglesia, de un gótico primitivo muy puro, y el claustro, y subir al campanario; después (aún tenía fuerzas), hemos examinado las antigüedades apiladas en las traseras de la sacristía.

Desde Estella no había visto ni al más modesto anticuario. Nada. Ni en Logroño, ni en Burgos. ¡Qué raza desconocida! Pero Castrojeriz me tentaba. Cavilando en que se

habían derribado recientemente dos iglesias, la de Santiago y la de San Esteban, estaba seguro de que allí debía haber "vestigios" interesantes. Evidentemente, los he descubierto, guiado por mi pequeño vicario, en la trastienda de la sacristía. He puesto a un lado tres piezas de madera: dos de ellas, estatuas, de mediano espesor, de 80 cm de alto, talladas en madera policromada, del siglo XV, intactas, espléndidas; y la tercera, un grupo admirable de pequeños personajes, también en madera policromada, de 50 cm de ancho, 25 de largo y 30 de alto, de una nobleza y de una autenticidad sublimes, e intacto, como las dos estatuas.
Me retiro a dormir, para poder ponerme en camino mañana a las 5, pues tengo treinta kilómetros por delante y el calor es, desde temprano, realmente agobiante. Esta gran aridez me gusta, en su despojo, es asombrosamente espiritual. También me gusta el sol. He ahí a cinco mil años, le pido a Dios, fuerza, belleza, continuidad.

Frómista, miércoles, 4 de julio de 1951. Final de la 15ª etapa. 460 km.

Carta 16

Pequeñita es la noche en la pintoresca Castrojeriz (los peregrinos franceses habían transformado gentilmente este nombre por el de "Quatre-Souris" -cuatro sonrisas-). ¡Han servido la "cena" a las doce menos veinticinco de la noche! ¡Estaba muerto! Después, van y vienen con dos o tres tareas de paso, así hasta las tres. Y a las cuatro, me levantaba. . .
La siguiente etapa era dura, tenía por delante un trayecto de 35 kilómetros. Hacía calor, pesado. Por la noche, grandes tormentas relucían en la lejanía. Esta tierra caliza reverbera asombrosamente con el sol y el calor.
Al principio, abandono la carretera para retomar el viejo camino que tanto me gusta y subir, por una pendiente muy pronunciada, a lo alto de la planicie. Es que esta tierra no es una llanura como otra cualquiera. Es exactamente un paisaje marino (toda la piedra calcárea erosionada es marina), una gran llanura con hondonadas profundas, que no son, como en los océanos, más que montañas al revés. De pronto, la llanura se hunde, se desciende al fondo de un pico vuelto. Las grandes depresiones que forman lo que se denomina la meseta de Castilla, no es más que una enorme erosión, como el mar vacío, como el mar hueco cuando sus olas ondulan; aquí, en su lugar, son los trigales de oro pálido los que se cimbrean a la dulce caricia del viento semejando el oleaje marino.
Desde lo alto (¡lo que he sudado!), la vista era muy bonita: se dintinguía el castillo de Castrogeriz, encaramado sobre el cerro desnudo; se admiraban las grandes extensiones blancas y verdes, y de nuevo, a la derecha, lejos, pero destacando magnificamente su blancura al alba, eran dignos de ver los grandes montes negros ¡siempre ellos!, con sus largas palomas blancas reposando en sus nieves eternas.
Por tanto, de cuando en cuando, en los viejos cantos de la calzada milenaria, a veces casi intacto aún -este hecho divertido, estos cien metros de la grandeza romana, súbitamente desaparecido entre las amapolas y los trigales-, avanzo durante una docena de kilómetros, guiado por mi caluroso compañero, el sol. Luego, he llegado a un pueblo "jacobita", con su infaltable gran iglesia bamboleante-Itero-; he seguido por un bonito y sombreado vallejo con numerosas fuentes, y he alcanzado el gran río Pisuerga, que forma una amplia bahía (largo como el Mosa), conservando todavía los pilares(¡hay once!) de un puente milenario descrito ya en el pintoresco Codex Calixtinus.
Después, no hay otra opción que dejarse llevar; en un plano, más allá del puente atravesando el agua, entre centenares de álamos, estaba posado un encantador y alegre molino rojo; más los trigales, algunos viñedos, pocas flores, pero la tierra, aquí, se ha

vuelto marrón, tierra de trigo, muy rica, a pesar de los pueblos miserables circundantes, edificados con adobe, nunca enjalbegados. Sólo las iglesias, enormes, construidas sobre potentes contrafuertes, salvan la monotonía de estas aglomeraciones sin brillo, ricas, pero austeras. Aquí se trabaja duro la tierra, pero se vive muy por debajo de sus posibilidades, como los auvernantes o los normandos.
¡Qué sol! Sentía que me freía de todas formas, como si el camino fuera una larga sartén. Me duele mucho el talón izquierdo (los tendones) en cada final de etapa. Pero ésto se pasa después de una hora de parada y descanso. Tengo que hacer un alto, y aquí estoy, en Frómista. ¡Qué nombre mas bonito para una tierra de candeal! Pero su entrada no puede ser más lamentable: precediendo al pueblo de nombre tan atractivo, una fábrica con grandes esclusas, entre las aguas hediondas de lanas lavadas; también, una estación de trenes: ¡por todos los dioses, qué cosa más fea las estaciones! ¿Quién ha sido el idiota que ha inventado los ferrocarriles? En seguida, el pueblo, piojoso, incluso siniestro, a pesar de su plaza de soportales, con las columnas de madera o de piedra, pero en el que se ha conservado, milagrosamente intacta, una de las más bellas iglesias románicas que pueda haber en España. La belleza más simple, la más pura, sin complicaciones, sin aderezos; aunada la belleza de la piedra con la belleza de la línea, luciendo sus capiteles, limpios como si hubieran sido cincelados ayer, en los que se representan escenas de la historia sagrada y también escenas mitológicas; el capitel del pilar derecho del coro representa a una pareja de jóvenes, varón y mujer, desnudos, deslumbrantes; nunca había visto, en una iglesia, una precisión tal en el realismo anatómico. Era perfecto, hasta en sus más mínimos detalles, igual que un croquis, desde un anfiteatro, para estudiantes. Y ésto, a tan sólo tres metros del altar.
Como paradoja, el periódico local de hoy informa, bajo el enfático título: "¡Muy bien, señor Gobernador!", que una señorita de Alicante, de la que se publican nombres y apellidos, para "deshonrarla" y desmerecerla, ha sido condenada a 15 días de arresto y encarcelada ¡por haber lucido un traje de baño "indecente" en la playa! ¿Entonces, la bella muchacha, con sus senos tan bien torneados y con tanta naturalidad, del coro de la iglesia de Frómista?
Realmente, este problema de la carne en la Edad Media, me parece cada vez más misterioso. En el exterior de esta iglesia, entre centenares de esculturas admirables que sostienen el tejado, las hay del estilo de Puente la Reina, absolutamente eróticas. Una de ellas representa a un hombre sentado, sosteniendo. . . la Cruz, con las piernas abiertas y con el sexo llegándole hasta las rodillas, tan grueso como el antebrazo del personaje esculpido. Es de una actitud absolutamente impúdica. Y ahí está. Durante siglos, no se ha escandalizado nadie, y tampoco ninguno de los millares de peregrinos de los más diversos países que por aquí pasaron; los niños juegan por debajo, sobre las baldosas, nada les llama la atención; y los curas lo pagaron y, antes de pagarlo, con toda seguridad lo habrán mirado. ¿Estas gentes eran "naturales", o exteriorizaban así, bajo los tejados, los complejos pre-freudianos, imposibles de reprimir? ¿O es que nosotros hemos perdido el sentido de la naturaleza, de lo natural, o será que ahora estamos tan llenos de complejos?
En cualquier caso habría que publicar un extraño y original libro sobre el desnudo en la arquitectura religiosa. Provocaría seguramente graciosas marejadas.

Carrión de los Condes, 5 de julio de 1951. Final de la 16ª etapa. 460 km.

Carta 17

Estoy rendido. Verdaderamente, esta tarde, ya no puedo más. No por causa de la carretera y de los kilómetros: yo los salvo, cada jornada, con el alma en gozo. Pero estas "fondas" me matan. Todas son malas, horrorosas. Es imposible dormir en ellas por causa del ruído infernal contínuo, de los "brutos" que deambulan de un lado a otro en el corredor, imposible también comer en ellas algo que sea conveniente. Ni una sola vez he podido dormir una noche entera, aún corta, de un tirón, tan conveniente. En ningún sitio me han ofrecido un plato que fuera apetitoso. Son de un desagrado que dan ganas de llorar, el eterno huevo frito, glauco, pringoso, insípido, con el trozo de torrezno igual que un cuero viejo, nunca preparado con un mínimo de sentido culinario. En estos tugurios, donde vegetan por algunas pesetas diarias el pálido pequeño maestrillo raquítico o el viajante apurado y el turista que paga el doble o el triple, las habitaciones son sórdidas. No hay agua corriente (en ninguna parte), sólo una triste cubeta, con una jarra roñosa llena de avisperos. Y aún así ¡si había cuartos! Estos, a menudo, son tres, pequeños: el de hoy, el mío, de dos metros por dos metros, no tenía ni siquiera una ventana: se ilumina y se. . . airea por un pequeño tragaluz que da a una minúscula cocina y. . . sobre un servicio. ¡Todo junto! Intento, a pesar de ésto, acostarme a dormir un rato la siesta. Completamente imposible. En la "Taberna" doce o quince bebedores (es el mercado) vociferan, a medida que van soplando, a cual más alto. Tienenpuesta, además, una radio-cacerola que vocifera locamente.
¿Cómo podré, Dios mío, tener mañana fuerzas para proseguir, haciendo este calor infernal, en esta tierra desnuda como la mano, sin un mísero matorral donde descansar cinco minutos a su sombra, los 50 kilómetros de la etapa? Después de los 55 kilómetros del día siguiente, cada tarde me lleno completamente de algodones las orejas: pero el jaleo puede más que el algodón.
¡Y pensar que es necesario recorrer 30 ó 40 kilómetros, para alcanzar tales tabernas! Región austera, donde nadie viaja, ni gasta. La "copita" cuesta 30 céntimos. Pero es una raza brutal, sin ninguna clase (nunca se ve gente "bien": todas las personas son pequeños propietarios, obsesionados con la ganancia, a la que sacrifican todo) y ni siquiera son alegres: se vocifera, se dan alaridos, pero no se canta. He leído en una de las "tabernas"un cartel con la siguiente inscripción: "se prohibe cantar". Se desquitan desgañitándose sin límite.
Después de una noche casi en blanco, al alba he dejado Frómista y su inolvidable iglesia románica. Sería preferible y hasta necesario recorrer el camino a 4 kilómetros diarios para que los finales de etapa fueran fructíferos.
Esta etapa ha sido razonable: 25 kilómetros y es por ésto por lo que mi agotamiento de hoy me asusta: ha sido a través de los trigales sin fin, casi como en Beauce, si no fuese porque estamos en una ancha meseta: estoy a 871 metros de altitud a mi derecha : mañana, a 969 m. Es una tierra que parece rica, pero sus pueblos son sórdidos. La "mezcla" del sur es alegre, porque es blanquecina. Aquí se compone de tierras amarillas y marrones, mezclada con paja segada: es de aspecto sucio, color de orín revuelto. Incluso el tahonero trabaja con la paja picada (ésto es normal, dado que el campo está lleno de ella): he visto a uno, ponerse en cuclillas delante de su horno, cuya boca parecía una fragua, arrojando al fuego, con la mano, sin dar nunca término a esta tarea, puñados de estos resíduos. Los silos también son extraños: completamente redondos, enormes y bajos, coronados por un palomar y una galería de pequeños "remates", que resultaban atrayentes en medio de este paisaje tan agreste, eran la única cosa original, pero las paredes, de una mezcla de barro y paja, se desmoronan: por todas partes el mismo aspecto sucio, tosco, pobre, triste.
Hice, a seis kilómetros antes de llegar a Carrión, una parada llena de interés: me he detenido a admirar la enorme iglesia dedicada a la Virgen de Villalcazar.

Toda esta ruta mística que estoy recorriendo no es más que una cascada de santos sorprendentes, de milagros fascinantes, de héroes admirables.
Pero, en fin, todo ésto era al ir. Los miles de enfermos, iban avanzando de prodigio en prodigio: cada etapa tenía para ellos su verdadera "especialidad" y se mantenían por la callada esperanza de ver operarse en Santiago el milagro personal de su curación. Pero ¿y cuando no había sanación? El pobre epiléptico, el sufrido pobre leproso, el sarnoso, el sordo, el ciego, volvían con el corazón atribulado, hecho polvo. Era entonces cuando se producía el milagro de esta Virgen de Villalcazar, que curaba al regreso de la peregrinación. ¡Hallazgo genial, si no fuera un hallazgo santo!Sobre este prodigio hay diez historias maravillosas, entre ellas, la de la francesa que enloqueció al regreso y la del alemán que se quedó ciego en el camino, que, después de dos semanas que llevaban de regreso, con su fe intacta, se vieron sanados de repente.
Tendría que contar muchas más cosas graciosas al respecto.
Hoy, sobre las casas de adobe. Se levanta siempre sobre ellas la enorme mole de esta iglesia, cuyos dos pórticos están ornados de figuras simpáticas (un adorable flautista, que destaca sobre los demás, pues los peregrinos tenían sus músicos, y entre ellos la flauta bucólica tenía prioridad), del arte más genuino, más profundo, del comienzo de la alta Edad Media. Encima del pórtico, hay un doble friso con los Apóstoles y la Virgen debajo, Dios en lo alto, el Todopoderoso, majestuoso, grave. Pero dudo mucho de que todo, pronto, no se caiga al suelo, pues uno de los dos arcos, el de la izquierda, está completamente suelto: uno se pregunta, ahora, cuál es el milagro para que aún se mantenga.
He querido visitar el interior (aunque lo esencial está en el exterior). Pero no hubo nada que hacer. Es un "monumento nacional", por tanto. . . En casa del párroco -ausente-, la asistenta, una vieja peonza, se pasa cinco minutos preguntándome, con la puerta cerrada, quién era yo. Después, entreabrió la puerta, protegida con una cadena, para decirme que el cura se había ido llevándose la llave. Mentira: estas llaves son grandes como jamones. Pero yo era un hombre. Entonces ¡tenía miedo!
Tendrías que ver este pueblo: en la esquina de las casas, ocho, diez mujeres (no se veía de ellas nada más que la cabeza, sobresaliendo de la pared), me acechaban, me espiaban. Me preguntaba si estaba en Tombuctu o en Europa.
Carrión es la gran ciudad agrícola de la región. Pero es casi tan pobre como los otros pueblos de este camino. Felizmente (¡por ésto!) hoy se celebraba el mercado, por lo que ahí estaba una cincuentena de hombres vistiendo ropas de pana verduzca, con la pequeña boina, endurecida por la mugre, calzada en sus testas rudas. Pero los grandes carros pintados de los labradores eran bonitos, las cebollas les sentaban bien. Y también lo eran en los comercios el cuero de los tiros, de las trallas, de las monturas, completamente decoradas con bizarros dibujos. Por todos los sitios, había aperos agrícolas. Y por todas partes, me producía risa ver las horquillas, con tres o cuatro grandes colmillos, de madera blanca, plantadas en grandes toneles, semejando cientos de cornamentas, cómicamente orientadas hacia el mismo lado, igual que si se hubiera esquilado, de un golpe, a todos los cornúpetas de la comarca.
Tan sólo una casa conservaba aún cierta elegancia, perdurando en ella sus bellos escudos de piedra. Me acerco, entro: bajo el soportal, dos puertas. ¡En una, la "cárcel": en la otra. . . la"Academia Municipal de Música"! ¡Así, al menos en la prisión, uno se consuela, mientras cata los frijoles, con la compañía de las notas del trombón! (Nota de la copista: ¿el "violón no es la antecámara de la prisión?).
Pero lo que me atrajo de Carrión fueron las iglesias de la "peregrinación".
En primer lugar, "Santiago", con un pórtico deslumbrante: en lo alto, un friso, con un Dios de una potencia conmovedora entre sus apóstoles. Después, desde abajo, siguiendo

el gracioso arco, encantadora, sorprendente, toda una serie de personajillos de la vida de la Edad Media: el herrero, el escultor, el zurrador, el campanero, el poeta, el lector, el escribano. . . : dos guerreros se baten a golpes con una especie de "goedendag", protegiéndose detrás de su escudo: también está un viejo rey mesándose su barba con una mano y con la otra levantando una maza con la que, se presiente, va a aplastar el cráneo de un personaje invisible. Hay también un tañedor de arpa: después, un violinista, con las piernas cruzadas con un natural gusto y con mirada de soñador: y, finalmente, una bailarina (¡sí, a la entrada de la Iglesia!), alcanzando con sus dos pies la cabeza con la cabellera suelta. Todas son, evidentemente, pequeñas escenas tomadas del natural. Adoro esta época tan maravillosamente natural, donde el arte -¡y qué arte!- era tan auténtico y tan sencillo. Hay otra iglesia, también maravillosa: Santa María. Aquí, además, hay una serie de estatuas, de un idéntico interés, sosteniendo el arco del pórtico, y a sendos lados, dos magníficas cabezas de toro. ¿Por qué estas poderosas, pero extrañas, cabezas de toro?
Aquí perdura aún una bella historia que les encantaba a los peregrinos. Es la del tributo de las cien "doncellas".
Entre los tributos que, en la época de las grandes victorias árabes, los reyezuelos cristianos debían, al parecer, en viar cada año a los infieles, para su jefe, también un lote de cien jóvenes, vírgenes, de sangre noble, etc, etc. Cada año se repetía en todos la gran desesperanza, que añadía un poco de atractivo al misterio. Pero un año, cuando el bello cortejo, llorando, partía de Carrión, escoltado por los jenízaros, cuatro toros lo embistieron, volteando a la escolta, que se dio a la fuga, salvando así la virtud tan amenazada de las bellas del terruño. (¿Estaban tan encantadas como para ésto?). Se han hecho sendas estatuas de los cuatro toros servidores del bello sexo. En cuanto a las cien beldades, no sé lo que ocurrió con ellas, pues sólo he visto en todo el contorno pequeños pájaros de cuentas, renegridos y cortos de piernas, entre la multitud excitada de sus descendientes. ¡Toros, para salvarlas! ¡Yo no hubiera movido una pata!

Sahagún, viernes, 6 de julio de 1951, 17ª etapa, 535 kms.

Carta 18

Pues bien: he llegado. Nada se ha desgastado, nada se ha roto, todo en general está bien. Me he tragado los 50 kilómetros, no diría que tan fácilmente como una buena crema helada (¡Ah! ¿Cuándo me podré comer una?). Pero todo se ha pasado lo mejor posible y esta tarde me encuentro con el cuerpo fresco y el ánimo bien dispuesto.
Al amanecer partiré, no sin haber pasado otra vez por la iglesia de Santiago, para contemplar nuevamente el admirable pórtico con sus graciosas figuras de oficios. Me gustaría volver a encontrar la antigua calzada de los peregrinos. Mas ¿dónde se encontrará? ¿Cómo descubrirla entre los altos trigales secos? Aquí, nadie sabe nada -o muy poco, si no me equivoco- de estos viejos caminos, semi desaparecidos.
Sobre el gran puente de piedra del río Carrión, estaba un rudo obrero afilando tranquilamente su navaja sobre el suelo. Le pregunto. Buen exponente del antiguo tipo medieval. Iba precisamente a "cosechar" por allí. Hicimos un tramo en mutua compañía. ¡Era un pozo de ciencia "jacobea"! Lo conocía todo del viejo camino y no me dejó, ni por sus trigos, hasta después de haberme explicado perfectamente dónde y cuándo debía internarme en la masa plateada de las cosechas.

Tenía delante una bonita "abadía", muy bien restaurada, ciertamente, por un extranjero y ampliada por grandes dependencias -nuevas- todas con soportales: me recordaba el bello y querido molino de allá abajo.
Después, anduve sobre la antigua "calzada", de grandes losas marrones y lisas (oh, mis pies!), sobre las que, a la menor distracción, se puede estar expuesto a aterrizar.
Pero ¿a cuántos kilómetros estaré antes de llegar al verdadero camino? Me lo indica un campesino:
-Cuatro kilómetros
Era reconfortante. Pero una hora después, al final del horizonte, di una voz a otro labrador (¡el segundo que veía en la mañana!
-¡Al menos, ocho kilómetros!
¡Cáscaras! Cada vez que miraba para atrás, veía la enorme mole de la iglesia de Carrión sobre su promontorio. ¡En esta tierra llana se la ve durante veinte kilómetros! Tengo la sensación de estar caminando con una catedral colgada a la espalda. Es agobiante.
Pero ¿y mi camino?
Al final se divisan, muy lejos delante de mí, tres montículos entre los trigales que se aproximan: son campesinos, vestidos con trajes de pana negra, montados en sillas de caballos multicolores.
-¿A cuántos kilómetros?
-¿Cuántos? ¡Doce, por lo menos!
¡Y los tres"Sancho Panzas" decían la verdad! Había 22 a 23 kms en total antes de alcanzar la gran carretera, donde contaba con detenerme un poco a descansar.
Estaba en el pueblecito de Calzavilla de la Cuerza, célebre antaño, hoy, miserable, con una doble hilera de casas -chozas, más bien- de adobe, color café con leche, hecho de tierra y de los restos de la paja habituales. Junto a cada pueblo, las cavernas, las cuevas, agujeros infectos excavados en las laderas arcillosas.
Pero mi sorpresa de hoy no fue en absoluto de orden arquitectónico (pobre jornada por ello), sino. . . de orden olfativo. Esta tierra es conocida por sus perfumes de flores salvajes. A veces se ve todo violeta. Pero el triunfo es el de la "manzanilla", una pequeña margarita que produce un perfume adorable. En el alba, aún un poco húmedo, estos agradables efluvios, para deleite de los viandantes, flotaban en el ambiente como grandes olas "baudelerianas". Todo el camino estuvo adornado y embalsamado por estas aromáticas florecillas, embriagando los sentidos, dignas de inspirar la musa de los poetas griegos.
A la una y media de la tarde, después de haber costeado, siempre por la derecha, los bonitos montes lejanos -azules y grises-, blanqueados a veces por algún penacho nevado, por fin vi con deleite, sobre un poste, que ya no quedaban más que cuatro kilómetros para culminar la famosa etapa de Sahagún. Allá en lo alto de una loma, una gran torre cuadrada de ladrillos, con grandes arcos románicos y ojivales, me llamaba.
Era la hora. El calor, sobre este polvoriento camino, totalmente desnudo, era implacable. Los rebaños de ovejas se apiñaban en redondo, colocando cada una su cabeza bajo la sombra de las otras. Fue entonces cuando mi pierna derecha me falló: un vivo dolor me agarrotó un músculo por encima de la rodilla: habían recorrido bastante (46 km) y me avisaban que tenían su chasquido (su derecho, en suma).
Necesité una hora y media para recorrer los cuatro últimos kilómetros. Recorrer, no, arrastrarme. Una vieja mendiga, llena de piedad, se me acercó, desde los trigales donde roía un pedazo de pan, para ofrecérmelo (lo rehusé), así como un trago de su botella, que acepté, con un suspiro de liberación. Me moría literalmente de sed, ni una "copita" que beber en 50 kilómetros. Después, una carreta de campesinos que me dio

alcancequiso montarme, pero lo rehusé y. . . continué mi camino, con los dientes apretados, sufriendo a cada paso.
Llegué a la horrible estación, que destrozaba todo el paisaje de torres. Allí había fondas. ¡Pero, esto era contrario a mis principios! Una fonda de estación es siempre monstruosa, llena de silbidos, de humos, de choques y de ruídos de todas clases. Vencí la tentación y avancé aún un kilómetro más por callejuelas leprosas.
Tenía razón. Después de la comida y de una hora de estar acostado, no sentía ya la menor fatiga, ni el menor trazo de dolor en los músculos. Pero me sentía con el ánimo cada vez un poco peor por estas alarmas: un músculo anquilosado y todo mi viaje se echaría por tierra.
Esto no es nada. Podré mañana perfectamente afrontar los 55 km. de la próxima etapa. Francamente, podré hacer ésto (o más o menos) cada día. En camino, me siento alegre, canto sin cesar, todo me resulta fresco, dulce, ligero. Siento afluir en mí, por poderosas ondas, todas estas fuerzas encantadas de la naturaleza, tan próximas a mi propia naturaleza.
Es. . . la parada la que me horroriza, el temor al fracaso: la promiscuidad, la "befa" lamentable de estos albergues, especialmente de este último tipo.
El de hoy, es un pequeño "piso" de la segunda planta (¡una segunda planta por aquí!), donde me quedo a comer y hospedado. Tengo una pequeña habitación (la única disponible), justo a la entrada: por lo tanto, espléndidamente situada. . . para escuchar al máximo todos los ruídos de los que entran y salen. A lo cual hay que añadir que un niño ha nacido esta noche y manifiesta ya una predisposición muy segura hacia el jaleo preferido de su raza.
¿La ciudad?
Esta, es muy feúcha. Es decir, es lo que queda de lo que fue un centro francés enorme: abadía francesa, Abad francés, dependiente de Cluny: hospitales, numerosas iglesias, todas en ladrillo, con mucha influencia árabe: pero todas, salvo dos, muy mediocres en su interior, están desmoronadas. Sólo hay algunos arcos y trozos de paredes. Todo el pueblo estaba sucio, las calles llenas de tierra, todo se veía rezumando tedio, pobreza, mediocridad.
Fue una visita nula, inútil. Espero con ansiedad e impaciencia llegar pronto a León.
Por fin, ya he entrado hoy en la provincia de León, después de haber cruzado completamente, desde los Pirineos, las provincias de Navarra, Logroño, Burgos y Palencia. Me quedan aún por atravesar, a continuación, la provincia de Lugo y la provincia de La Coruña.
Ahora, a los 535 km, es como si ya hubiera hecho el trayecto de Anvers a Touraine. Es perfectamente factible. Cuestión de fe: el espíritu místico hace pasar por alto todo y mis bravos viejos santos, Santiago, Domingo de la Calzada, Juan de Ortega y Mauro, me ayudan. Nos hemos hecho viejos amigos: desde hace casi tres semanas, pronto, que vamos andando juntos el camino, y sin modales, con un puñetazo o tal vez con una patada, cuando esto no marcha les ruego su ayuda. Es también cuestión de voluntad: no es digno flaquear cuando el objetivo está ahí, ya tan cercano.

Mansilla de las Mulas, sábado, 7 de julio. 18ª etapa. 585 km.

Carta 19

¡Uf! He avanzado cien largos kilómetros en dos días. No quisiera reiniciarlos otra vez. Es demasiado. Es muy duro. Y se sufre mucho.

Mal descansado (¿Cuándo podré descansar bien en estas fondas?), me pongo de nuevo en marcha hacia las cinco y media de la mañana. La ciudad dormía. Pero los bellísimos hierros forjados de sus numerosos balcones (debió residir en este lugar, antiguamente, un gran artista del hierro forjado, pues, durante todo mi trayecto, en ninguna parte, he encontrado tantos y de tanta gracia) se dejaban admirar, sin que pudiera impedir que un racimo de "chicos" se pegara a mis "alpargatas"! Muy bonito arco de salida de la ciudad, grandioso. Después me sorprende un, canto desoído, de voces cristalinas, deletreando salmos. Desde el viejo caserón del convento próximo, estas imploraciones femeninas, claras, calmas, puras, se desprendían y esparcían divina y misteriosamente.
Atravieso las ruinas de un gran convento, un puente de piedras enormes, magníficas (toda esta zona tiene muy bonitos puentes), y alcanzo la campiña, plantada de fresnos, a la salida de Sahagún.
Estos fresnos tienen su historia, son el último jalón de la leyenda de Carlomagno, reconquistando el camino de Compostela. Aquí, él libró su última batalla: en duelos de cien cristianos contra cien sarracenos en primer lugar y durante tres veces: después, los dos ejércitos, el uno contra el otro. Pero la noche anterior al último encuentro, retoños de jóvenes fresnos nacieron al pie de las lanzas de los soldados que iban a morir. Desde entonces, en este lugar, esta fresneda renace siempre.
Pronto me encontré más allá de los fresnos, para buscar entre los trigales la vieja calzada y volverla a retomar. Allí aún hay una idea colmada de elevadas evocaciones, pero de una realidad más. . . ¡tierra a tierra! ¡Sus sagradas grandes peñas rojas! ¡Lo que pude quejarme al golpearme con ellas! Frecuentemente esta pista, que ya no sirve más que para el paso de rebaños, es terrorífica y cansa diez veces más que un camino normal.
Tierra igual que la de los últimos días, extremadamente monótona, haces de espigas a lomos de asnos, también viñas, pero la misma cosa, el mismo paisaje, siempre, siempre. Hacía, desde el alba, un calor asfixiante, calor de tormenta: a veces, caían incluso algunos goterones calientes. Ni una. . . choza (es cierto, ésto es como Ucrania, pero más miserable). Cada diez kilómetros aparecía una de estas aldehuelas intercambiables, todas son iguales: una calle, las mismas casas amarillentas hechas de barro mezclado con paja, o de grandes ladrillos, de simple arcilla secada al sol a la entrada de estos pueblecitos, ladrillos que no pueden ser más rústicos y que se hienden el uno con el otro una vez utilizados en esas paredes de rusticidad prehistórica.
A medio camino había un pueblo un poco menos mísero: Burgo-Ranero. Me gusta esta palabra. Pensaba que quizá significase "burgo de las ranas", lo cual puede ser, sobre todo porque está rodeado de charcas.
Desde lejos, el campanario parecía llevar aún un mechón de nieve: ésto me intrigaba. ¿Sabes lo que era? Y de lejos hasta se veía bonito. ¡Los. . . . excrementos blancos de tres cigüeñas, instaladas ahí! Ello le daba, por tanto, un poco de blancor a todo este amarillo sucio del pueblo. Aquí había dos o tres casas menos sórdidas y. . . algunas flores (geranios). Por aquí (¡sólo cuenta el producto!) no hay flores: toda la calle está generalmente con el único tinte de este adobe lúgubre. Comprendo que estas gentes sean tan "brutas". Vivir en estos pueblos debe ser espantoso. Se han hecho a ellos, están marcados por ellos.
Continúo. Siempre -¡y qué suavidad!- acompañado por el aromoso perfume de las "manzanillas". ¡Esta estepa está desolada!Ahora comprendo las terribles historias de los peregrinos devorados por los lobos en estas llanuras desérticas. Ser atacado por un perro-lobo por aquí debe ser bastante enloquecedor. Es cierto. Se estaba extenuado, arrastrando las piernas, se tenían los miembros duros, sin vivacidad de reacción. Entonces, uno se imagina al lobo, la gran bestia desenfrenada, arrojándose sobre el

peregrino al límite de sus fuerzas, que apenas podía andar. A mí, a medio camino ya, el dolor del músculo encima de la rodilla derecha me había vuelto. No podía andar ya más que teniendo la pierna tiesa: pensaba en el pobre Juan Manuel y recordaba las agresiones de fieras contra los hombres extenuados. Un lobo me habría arrojado al suelo, partido el cuello, arrancado las carnes, sin gran resistencia mía. Muchos habrán sido acosados así, pues entonces los lobos serían por estos pagos mucho más numerosos. Esto me llevaba a imaginarme aquellos finales trágicos, al cabo de grandes sueños. . .
Hacia el final, creo que todos mis valerosos santos han venido en mi ayuda, pensando tal vez que, en verdad, ¡había ya penado bastante! Pues durante los últimos ocho kilómetros estos violentos dolores que tenía(a cada paso) me desaparecieron completamente.
Felizmente, pues el famoso "camino de los peregrinos" bajaba hacia el valle, el último, creo, antes de los grandes montes de Asturias, que ya se ven muy bien, azules, gris claro, nevados, a cien kilómetros. Estoy seguro, antes del descenso, de haber descubierto León (a 40 kilómetros) y sus enormes torres (de ocho metros de diámetro), todas resplandecientes. Mañana veré si es verdad.
Pero, debajo, en esos últimos kilómetros, no había más que lagunas, fangos arcillosos. Hacía falta dar diez vueltas para encontrar un paso: me derrengaba. Hacía diez horas que sufría, casi sin respiro. Y la tormenta próxima llenaba el aire de su calor exterminador.
He llegado. La "fonda", en esta ocasión, es menos inhóspita. No he tenido el sobresalto habitual. Con toda certeza no habrá agua corriente. Pero tiene un pequeño patio, todo verde, con una bonita hiedra negruzca. Es casi tranquila, pues es fonda y. . . comercio de telas, y no fonda bar como otras, combinación horrorosa.
Esta tarde ha descargado la tormenta. ¡Aquí también, mis valientes Santos la han mantenido en el aire hasta mi llegada!

Puente de Orbigo, 10 de julio de 1951, final de la 19ª etapa (656 kms.)

Carta 20

Heme aquí, en un pequeño pueblo que ha dejado un gran recuerdo en la vida de la caballería. Y sería para siempre. Lo contaré por orden.
Domingo, 8 de Julio
Al amanecer, parto, como los demás días. A mi espalda, las formidables murallas de Mansilla de las Mulas tienden al sol naciente sus gruesas almenas brillantes y rojas. Muchos álamos bordean las riberas del Esla. ancho, aterciopelado: por doquier, endebles neblinas, últimos chales románticos de la "tormenta" de la noche.
Ya el sol cubría, un sol de tormenta aún, a pesar del diluvio de la tarde anterior. Oteaba la aparición de la ciudad de León. Pero la carretera subía siempre monótona. Un sacerdote grueso pedaleaba duro, remangado simplemente hasta el ombligo, no confuso del todo de su bañador a trozos y a cuadros para una farsa de guiñol. Desde lo alto del último monte (trotaba desde hacía veinte kilómetros) la carretera se introduce en una profunda zanja. Barbulla aún en la bajada. Después, la ciudad aparece tal como yo me la había imaginado, aún a 40 kilómetros de distancia y antes de llegar a Mansilla de las Mulas, completamente roja de su vieja muralla, su maravillosa catedral gótica, rubia, edificada por encima de los hombres, en el azul y el sol.
Pero el acceso a la ciudad (llegaba por la "Nacional" de Madrid), es lastimoso: calzada llena de baches, después demasiado ancha y macadamizada, chabolas sórdidas o

grandes edificaciones grises, feamente modernas. ¡Esta ciudad se ha cuadruplicado en diez años! Se expande rápidamente. De hecho, he empleado varias horas hasta encontrar la antigua ciudad, que se divisaba desde lejos. Me debato en las avenidas anónimas (las mismas que en todas las ciudades un poco importantes), pero donde el verdor no ha sido amenazado: por todas partes donde se ha podido, se han plantado árboles, hay flores, se ha sembrado césped. Pero, en concreto, las viejas murallas, los bastiones, los santuarios ¿dónde se encuentran?

Estaba rendido al máximo (125 kms recorridos en los tres últimos días). Pero, en fin, quería encontrar, al menos, la catedral. ¿Un mapa? Imposible comprarlo en esta ciudad, donde no existe ni siquiera un libraco sobre esta antigua capital de España y que posee la más bella catedral gótica.

Hoteles tan atrasados como la orientación turística. El "Continental" no era más que una fonda, donde tuve como vecina de mesa durante dos días a una pobre vieja loca, y en la que las habitaciones continúan teniendo los lavabos de jofaina que desaguan en un cubo cuando se quita el tapón. Imposible tomar un baño, porque no hay cuarto de baño: ¡tan sólo un hotel los tiene en todo León! Desde Logroño, busco en vano una bañera. Nada que hacer. ¿Nadie se lava nunca el cuerpo? Ni siquiera los dientes: ni una sola vez, con excepción de Logroño y Burgos, me he encontrado un vaso en la habitación. Es desconocido. Si hubiese, algunas veces, alguien que se lavase los dientes en los hoteles, los pediría, y los hospederos pondrían los vasos. Los antiguos españoles, escribe Estrabon, se lavaban los dientes con la orina rancia. Pero incluso este dentífrico aquí ha desaparecido, al menos visiblemente.

¿Y la catedral?

Por fin, llego. Muy bonita e imponente, del estilo de la de Reims, con dos torres desiguales, una del gótico primitivo y la otra del gótico flamígero.

Pero la cuestión no estaba aquí: fue el deslumbramiento de los colores desde que traspasé el umbral de la pequeña puerta acolchada.

Esta catedral es una vidriera fantástica: por todas partes prodigiosos vitrales antiguos, con los azules casi negros, con los rojos casi granates, pero cálidos, armoniosos: con los amarillos que parecen arrancados al sol, los verdes graves, sin nada de lo deslucido y de los oropeles de las vidrieras modernas. Lo que me ha dejado estupefacto es el carácter, aún más escultural que pictórico, de las vidrieras de la Edad Media, diseñados con gruesos trazos como todos los tapices antiguos, los verdaderos, también en esta ocasión: se ofrecen a la vista como tallados en bloques de colores relucientes: en cada uno de estos santos góticos me parecía estar viendo mucho más que una pintura, más bien eran una estatua transparente, de una sutileza completamente penetrada, exaltada por el fuego de sus azules, de sus verdes, de sus oros, de sus rojos. Estaba atónito, deslumbrado.

¡Y la pureza de las ojivas! Las inmensas ojivas de la época más bella, sin florituras, lanzadas como chorros de agua, finas y ligeras como tales. ¡Y el color de la piedra de la catedral de León!Rosa, sí, verdaderamente rosa, un rosa grave (el rosa es a menudo tan pálido, tan difuso. . .), un rosa donde encuadraban, como dos alamedas de flores milagrosas, las dos grandes hileras de vitrales. Detrás, y por delante, cuatro margaritas inmensas, de las que brotan, en rojos vibrantes, los cuatro rosales con pétalos indescriptibles, en el extremo de los dos brazos, del negro de la piedra, vista a contra luz de un negro aterciopelado.

No sabía cuándo irme. He vuelto diez veces. La mitad del tiempo que permanecí en León lo pasé en la catedral, atraído y fascinado por tanta belleza.

Lunes, 9 de julio

A las ocho de la mañana me encontraba en una curiosa situación. Había llegado con la vestimenta en un estado lamentable, horroroso. Mi ropa estaba inmunda, con la espalda completamente verde; la mochila, empapada de sudor, desteñía cada día un poco sobre el dril; el pantalón, manchado de barro hasta las rodillas, todo infectado. Y no tenía ropa para cambiarme. Tuve que dársela, una vez acostado, con la puerta entreabierta, castamente, al patrono, pues tampoco tenía pijama. Pero a las ocho de la mañana quería partir. ¿Dónde habían quedado el lavado y el secado? Timbres, llamadores. Nada. A las nueve, fue preciso ceder a mi estruendo y venir a anunciarme que se ocuparían para que estuviera seca. . . ¡a mediodía! Les quité de las manos mi ropa y me la volví a poner así.
Era cómico. Estaba obligado a caminar a pleno sol para que se fuese secando sobre el cuerpo; había renunciado, evidentemente, a la chaqueta. Mis estornudos llegaban hasta el final del campo (como los de una cabra). Según me diera el sol, de cara o. . . en las p. . . . , el pantalón cambiaba del oscuro al claro. Añado que llevaba los brazos al descubierto, con el cuello abierto (¡aquí todo el mundo lleva chaqueta y corbata!), y que me comí en la calle medio kilo de "melocotones" y ¡te darás cuenta que no podía pasar verdaderamente desapercibido!
Imposible entrar así en una iglesia. Antes de llegar he dado un circuito de una quincena de kilómetros, por toda la ciudad, para recalar en el antiguo hospital de San Marcos, antaño periférico, hoy al extremo de un maravilloso jardín con miles de rosas, estrelladas por el césped verde o colgadas en pendientes.
San Marcos, por donde decenas de miles de peregrinos pasaron, llegó a ser, en el siglo XVI, el más fastuoso de los lugares de descanso de la peregrinación, demasiado fastuoso, demasiado pagano en la ornamentación grandiosa de sus esculturas del Renacimiento, de sus innumerables medallones de emperadores, de reyes, de personajes famosos. La decoración mató al espíritu, hasta tal punto que no se terminó jamás la torre de la iglesia, que está como cortada a ras sobre su pórtico munífico. "Conchas" y "conchas", a miles. Las hay por todos lados, la fachada está absolutamente constelada, lo mismo que el patio, igual que las escaleras. Aquellas están dominadas por águilas bicéfalas que, esta vez, me han desilusionado, porque su formato grandioso (aunque son bonitas) aplasta el carácter espiritual de la obra en provecho de la propaganda política y temporal.
El patio está recargado (yo prefiero los sencillos y pequeños claustros románicos, con sus capiteles naturales, graciosos, simpáticos, donde la punzada se rellena del simbolismo de los claustros góticos)con escombros de piedras romanas, en desorden todavía desde la Guerra Civil, durante la cual estuvo convertido -hizo aquí durante ocho meses un frío siberiano- en dormitorios al aire libre, para millares de pobres diablos, ¡a los que, ciertamente, no les importaba para nada el arte del renacimiento ni el arte plateresco!
Ahora los chiquillos juegan con los patines alrededor de los viejos pozos, vigilados de cuando en cuando por un sargento gordo, ¡más redondo que un canónigo de los tiempos pasados! En el piso del patio, un único elemento decorativo: fotos de. . . ¡jumentos! Pues el famoso hospital ha terminado siendo un. . . "semental", es decir, que los mejores caballos del ejército aquí reciben los homenajes ocupados con caballos de raza, ¡que no tienen nada que ver con aquel de nuestro querido Apóstol Matamoros!

La sacristía es, incluso, un museo, pequeño, pero con un bello Cristo de marfil del siglo XI, con muy nobles estatuas, una gran Virgen flamenca, posiblemente del siglo XV, y una "tabla, "también flamenca, del siglo XV, donde están pintados Santiago y. . . San Juan. ¡Los hubiera abrazado con emoción!

Entre tanto, mi pantalón se había secado. . . a la "brauyette" (como se decía en Buillon), pues el forro aquí es doble. Tenía el aspecto de haber hecho pipí demasiado alto. Era molesto.

Regresé al hotel para coger mi ropa (por la tarde aún continuaba húmeda) y me dirigí, una vez más, a la catedral, más medieval que nunca, pues, bajo el brillo de las vidrieras, un joven sacerdote, con los ojos encendidos, defendía en latín, desde el púlpito, una tesis frente al obispo, los canónigos, hornadas de curas, agrupados a lo largo de los grandes cuadros recubiertos de terciopelo rojo.

Pero fue por la tarde, sobre todo, cuando llegó el momento de los hallazgos. En primer lugar, a cincuenta metros de mi pensión, e incrustada en los enormes torreones rojos de la muralla, la tan célebre iglesia de San Isidoro, a donde acudían los peregrinos en busca, siempre, de nuevos milagros. Aquí fueron particularmente sensacionales. San Isidoro iba, incluso, al frente de los peregrinos durante tres días, el tiempo para arrepentirse, hasta devolver la vida a un cura de. . . mala vida. Milagro para recordar. Lo he registrado.

Lo esencial de la iglesia es del románico mas antiguo, simple, fuerte, conservando todavía algunas esculturas de mujeres desnudas, con los pechos desnudos, en la puerta que separa la sacristía. . . del altar.

Pero la obra maestra de San Isidoro es el Panteón. No por sus tumbas, pues los franceses de Napoleón las han violado (en todos sitios donde las han encontrado han hecho lo mismo, buscando anillos, diamantes, collares), arrojando todos los huesos en un montón, destruyendo casi todos los sarcófagos, no conservando más que unos pocos como pesebres para sus caballos, ¡guarecidos aquí! Lo esencial, felizmente, está en el aire. Es la serie prodigiosa de frescos del siglo XI (a finales), claramente de técnica bizantina. Jamás, en ninguna parte, los había visto en un estado tal de frescor, y compuestos y pintados con una originalidad y un natural semejantes. De milagro existen de ellos fotos perfectas (pues me hubiera dado rabia, no encontrar fotografías, ni tener una máquina para retratarlos). Hay, por ejemplo, una anunciación con los pastores de una gentileza inaudita, que sirve de pretexto a una prevención de toda clase de animales, divertidos, como todo. Uno de los dos pastores (el otro toca una melodía silbándola con la boca) da de beber a su perro una gran jarra de leche; de los adornos en forma de perillas brotan los árboles, igual que surgen las cabras de la sierra. Otros salen del cráneo. Es exquisito.

Hay -de una audacia enorme- un Cristo a tamaño natural, resplandeciente en sus viejos colores, en medio de los Cuatro Evangelistas, a los que el artista ha dado. . . a cada uno la cabeza de su símbolo; es asombroso, casi tremendo, pero poderoso, magnifico, impresionante verlos cimentados sobre los cuerpos humanos. Después están, haciendo un arco, los doce meses, destacando las labores de cada período, la vendimia, la "matanza", terminando con diciembre y el viejo que se calienta los pies en el hogar.

He permanecido aquí durante una hora y media, con la nariz y el alma hacia el cielo.

¡Después he vuelto a la catedral otra vez! Encaminándome por las viejas callejuelas, donde he ido a dar con un viejo hospital santiaguista, con estatuas conmovedoras, especialmente un lavatorio de pies para peregrinos.

En la catedral hay también una espléndida escultura que representa una distribución de pan a los peregrinos, entre los cuales se arrastran lisiados, madres, adornadas con

bonitos collares, amamantando a su bebé o llevando en brazos a un niño. Entonces iban a Santiago por familias enteras.
Después, he vuelto a hacer otra visita, pero guiada por un canónigo, y pasé, con un grupo de turistas, a recorrer el claustro y el museo catedralicio.
También allí hay estatuas por doquier en gran cantidad, gratas a la vista, realistas y graciosas, muy emocionante por ello. El pórtico más bello de la catedral es el del ala Norte, que comunica con el Museo, en el que hay, destacándose especialmente, aún espléndida y discretamente policromada, una estatua de Santiago peregrino que es inolvidable, alta, de porte majestuoso y digno y. . . descollando, dominando el recinto por delante de San Pedro, que está en segundo plano.
Ví los famosos manuscritos miniados y todos los habituales tesoros de estas viejas catedrales; después, he pasado a estudiar las estatuas de otros pórticos, exteriores, tan bonitas y amenas, pero bastante disparatadas; algunos santos tienen treinta o cuarenta centímetros menos que otros(y es natural), lo que añade pintoresquismo a la belleza.
Aún tuve, antes de ponerse el sol, tiempo de recorrer todos los viejos barrios de la ciudad. Todavía, por aquí y por allá, se ven una vieja puerta o un bello escudo. En la plaza antigua hay un delicioso balcón que reproduce completamente la torre del cuadrilátero: se puede retozar a gusto entre todos los habitantes, de mirador en mirador. ¡Muy español! Muy españolas también son las antiguas gárgolas en las que han flanqueado, contra la boca, un embudo ¡seguido de un canalillo para que ellos viertan al interior en lugar de hacerlo sobre la cabeza de la gente! Resultan como la extracción de un molar por un dentista.
He terminado mi segunda jornada igual que la primera: en una terraza frente a la catedral, detrás de la última torre del edificio, que, por las llamas del sol en su ocaso reflejándose a través de las vidrieras rutilantes, se veía en el interior como incendiándose. Y en el exterior también, ¡qué belleza y qué gloria! ¡Todo rubio! No quería irme. ¡Hubiera querido atrapar el sol al ras de los tejados para que continuase haciendo vivir todo, estas piedras, estos colores, mi corazón! Regresé por las queridas callejuelas, deambulando y soñando.

Lunes, 10 de julio

¡Otra vez la mala noche habitual! Cena nunca pronta, que se sirve a las once; personas que vociferan hasta las dos de la madrugada. Y después, siguen los "brutos" que llegan de tres a cuatro de la madrugada, conversando, como si tal cosa, a voces desenfrenadas, en el pasadizo y en el portal de sus casas. Verdaderamente, este pueblo no tiene ni educación ni, sobre todo, espíritu social. A cada cual les importa un rayo el perjuicio causado a los demás y la hora que sea.
Larga etapa la de hoy: 35 kilómetros. Parto temprano. Nuevamente he pasado por delante del bello palacio (es más palacio que hospital) de San Marcos y luego he vuelto a tomar el camino hacia el campo. El paisaje bastante trivial; mientras no se llegue a las montañas pienso que será así; pero, desde pasado mañana, calculo que ya llegaré a las altas montañas.
Me encuentro con una bonita iglesia dedicada a la Virgen en el camino, que guarda también una ingenua leyenda.
Después, he llegado a un pueblo, Villadangos, donde la vieja iglesia (¡me ha costado poner en movimiento al cura con su llave!) contiene tres graciosas esculturas populares de Santiago y sobre el tributo de las cien "doncellas"(¿te acuerdas de los cuatro toros de Carrión?)

Y finalmente, Puente de Orbigo. Digo, por fin. Pues fue penoso llegar hasta ahí. Mis dolores sobre la rodilla derecha no han cesado, a pesar del día de semi reposo que he pasado. Al cabo de quince kilómetros de caminata, han vuelto, muy punzantes, impidiéndome, desde entonces, hacer más de tres o cuatro por hora. Está muy hinchada la zona. Una vez quieto, durante una hora, después del almuerzo, pasan, pero son tres veces ya, consecutivamente, que han vuelto. He debido pisar algo. Si no se arregla antes de llegar a la montaña, no será nada placentero subir así, por picos de dos mil metros. A veces siento como un pinchazo tan doloroso que me tira casi al suelo. Pero, en fin, me consuelo pensando que estos pequeños contratiempos forman parte de la peregrinación y que mis predecesores también los tuvieron. ¡Esto da ambiente!
Algunas palabras sobre Puente Orbigo. Me alojo en la "taberna", que es, al mismo tiempo, la tahona, y donde mi habitación está limpia (estoy solo). Pero la gloria de Orbigo no es ésto, es el extraordinario duelo que mantuvo un caballero de León, muy afrancesado, en 1434. Me lo imagino al provocar el torneo, con la ruptura de hasta trescientas lanzas, con todos los caballeros peregrinos que atravesaran el puente. A todo lo largo de la peregrinación había visto magnificar el torneo, tanto en las esculturas del claustro de Pamplona como en las de León, sobre una encantadora talla esculpida en madera dorada en San Marcos e, incluso, en los cuentos de la catedral de Santo Domingo de la Calzada. ¡A los canónigos les pagaban mucho dinero por la organización de estas justas!
Aquí, pues, a la entrada del puente, bajo la mirada sorprendida de las damas, el susodicho caballero luchó, durante treinta días, contra sesenta y ocho caballeros alemanes, italianos, franceses, portugueses y españoles. Un caballero aragonés murió ahí.
A continuación, terminadas las festividades, y. . . con las trescientas lanzas partidas, el caballero tan guerrero partió, también él, hacia Compostela, y ofrendó al Apostol , el brazalete de oro con que lo había galardonado, por sus victorias, la dama de su corazón y que llevaba grabado el siguiente texto en francés:
"Si a vous ne plaît de avoyr mesure,
Certes je dis
Que je suis
Sans venture. "
Esta peregrinación a Santiago colma verdaderamente todo:
La sed mística, con toda su proliferación de milagros, de iglesias, de obras de arte, transformando en real lo espiritual.
La epopeya, con la leyenda inmensa de Carlomagno conectando con el maravilloso Divino, fundando en El, a lo largo de todo el camino, su gesta.
Y el espíritu caballeresco, no sólo por este hecho, sino también por otros diez. Pues estas narraciones son sobre hechos relevantes, llevados a cabo por caballeros europeos en camino hacia Compostela, que, precedidos de un heraldo, iban celebrando torneos a lo largo de toda su ruta.

Astorga, miércoles, 11 de julio de 1951. 21ª etapa (680 kms)

Carta 21

Escribo. Lo que veo. Pero, independientemente, ésto va mal. Mal completamente. Toda la maquinaria resopla. Desde el sábado último estoy constipado, toso, tengo fiebre. En pocas palabras, creo que mañana no podré reanudar mi camino. Además, tengo las

piernas duras, como de madera, y un talón muy dolorido. Ahora bien, precisamente, la de mañana, es la etapa más dura de toda la peregrinación, es preciso subir, durante dieciséis kilómetros, de un tirón, es la ascención completa a las grandes montañas. Teóricamente, quiero detenerme luego de trascurridos treinta o treinta y cinco kilómetros. Pero hay una distancia de sesenta y cinco hasta Ponferrada. Debo caminar atravesando bosques, montañas, landas y se dice por aquí que en su trayecto es completamente imposible encontrar alojamiento. Es preciso hacerlos en una etapa. Por otra parte, nadie los ha hecho jamás, y en las viejas crónicas se decía que no valía la pena arriesgarse y recorrerlos por lo que hoy es la actual carretera.
Este viaje es terriblemente duro, incluso aún más duro que en aquellos tiempos, cuando los peregrinos eran atendidos por todas partes, alojados, cuidados, se les lavaban los pies con hierbas medicinales y se les mimaba. Y después, todos iban en columna, con caballos y mulas sobre los que montaban por turno. Las grandes etapas se hacían, con frecuencia, en su totalidad cabalgando sobre caballos, alquilados para este propósito.
Troto sin descanso, no recupero fuerzas en ninguna parte, dado el estado lamentable de las fondas de hoy. Se añade, además, que hacen un frío y un viento insoportables, alucinantes. He realizado toda la etapa de hoy contra una verdadero vendaval. El viento soplaba, me clavaba sobre el sitio, no me dejaba avanzar; un viento del noroeste, áspero, siberiano. Ya desde esta mañana estoy en las montañas. Acabó la gran llanura de trigales. Ya veo pomaradas, repletas de manzanas verdes. Asciendo durante kilómetros. Pero éstos no son todavía más que los preliminares, todo era aún bastante suave.
El espectáculo lo tuve bruscamente y me ha consolado de todo, cuando en una curva de la carretera montañosa, se me apareció, tan sólo a cinco kilómetros, debajo de la cadena de los montes nevados, azules o rosados, la ciudad de Astorga, espléndidamente levantada en la ladera, con su gran catedral rojiza y verde, sus murallas y sus torreones, al menos lo que de ellos queda después de los asedios de Napoleón.
Debajo, mucho verde, álamos, manzanos. . .
Bello espectáculo. Lo he absorbido lentamente, como un gastrónomo mudo.
++++++
Tuve la suerte de ir a parar a un hotel que no estaba mal: hay una bañera y, por fin, he podido darme un baño. Uno de los hijos del dueño del hotel es un tipo colosal, de 35 años, apasionado por el arte y por la historia, que, sin que yo le haya pedido nada, me ha acompañado, cuando me iba cojeando, hacia la catedral.
Hemos visto, en primer lugar, una cosa que yo conocía por la Historia del Arte, que no creí que fuese a llamarme la atención y que me ha interesado mucho: el palacio construido hace cuarenta años (así, pues, en el peor período) por el Obispo. Pues bien, es muy destacado, construido con magnificos materiales, lleno de aciertos y de adaptaciones originales del gótico a la arquitectura moderna.
Está deshabitado, pero hay un conserje a quien mi hotelero conocía muy bien. En las criptas se han reunido muchas bellas piedras viejas, romanas y románicas. Imagínate que, aún allí, he vuelto a encontrar la misma escultura que bajo la cruz de Frómista, pero esta vez con un "atributo" mucho más gigantesco. Parece un tipo con tres piernas, para terminar. . . E incluso la escultura, que está en esta vieja cornisa descolgada de alguna antigua iglesia románica, a sólo veinte centímetros de la nariz de los visitantes, en el palacio del Obispo, resulta bastante chocante.
Catedral gótica, con añadidos del Renacimiento muy importantes. Bien conservada, a pesar de los cañonazos franceses. Un gigantesco retablo de madera preside el altar del siglo XVIII, un período que a mí ya me gusta menos. Después, en el centro de la catedral, cortando la perspectiva, el "coro" de los canónigos frioleros: pieza gótica enorme en un perfecto estado, con centenares de esculturas. Muchas pequeñas escenas

adorables de frescura: jugadores de cartas, transporte de pan, un fraile que se echa una copita al coleto directamente del tonel. . . Después, una vez más, y ello comienza verdaderamente a intrigarme, una escena erótica absolutamente increíble en un coro y. . . bajo el trasero de un canónigo. Dos cuerpos desnudos, acoplados el uno en el otro, con la boca donde tú. . . ni te imaginas. En una sala de fiestas especial de Montmartre es posible que se pudiera presentar una obra de arte semejante. Pero aquí, aportada por no se sabe qué mano piadosa, bajo la mirada de no se sabe qué bigote, tan crudamente expuesta, no lo comprendo. ¿Cuál es la razón de tales esculturas? ¿Aquí?.
Por el contrario, pocos recuerdos de Santiago: una estatua moderna, bastante fea. He descubierto también un bellísimo retablo flamenco.
Después, he callejeado (¡pero qué lástima con el talón tan dolorido!) por las viejas calles pintorescas, con soportales de pilares de madera; en lo alto, el Ayuntamiento, que es un bonito conjunto plateresco, con una pareja local, muy folclórica, a tamaño natural, que sale a anunciar las horas, como en Flandes.
Cerca de mi hotel se ha erigido un enorme león estrangulando al águila napoleónica, levantado a la gloria de los muertos habidos en estos dos famosos siglos durante un período de ocho meses. Pues bien (esta batalla está inscrita en el arco de triunfo), en total, ¿sabes cuántos muertos españoles están en la lista? Nueve. En aquel tiempo, las guerras y la gloria aún se realizaban a veces a buen precio.

Ponferrada, 13 de Julio (viernes) de 1951. Tras la 21ª(?) etapa 744 kms

Carta 22

Te escribo desde la famosa Ponferrada.
De hecho, llegué aquí ya ayer. He recorrido toda la leonera en una etapa: montañas de 1490 m (dos veces), desfiladeros, bosques y. . . ¡64 km! Sí, ¡64 km! No importa que sobre el mapa pueda verificarse la distancia que separa Astorga de Ponferrada. Pues de hecho es más, dado que el hotel está (¡horror!)cerca de la estación, a dos kilómetros, y en carretera se hacen numerosas interrupciones. En realidad, todo ello, lo que representan, son 70 kms.
Tuve una clase de milagro farmacéutico.
El joven posadero, a quien le expliqué que tenía los músculos tan muertos como si fueran de palo, me frotó con una crema del lugar: "Linimento de Hércules". Como si Hércules estuviera, evidentemente, involucrado. . .
Era necesario seguir friccionando. Lo hice tres veces. ¡Cada vez la impresión que me producía era la de tener todos los músculos que chispeaban! Pero al terminar toda la flexibilidad había sido devuelta, como si pudiera ya ganar, sin remisión, la etapa de los Pirineos del Tour del Francia.
Habría podido echar un sueño todo el día de mañana, incluso sin incidente, pero un chofer, antiguo combatiente de la División Azul, que come en el Hotel, por la tarde me reconoció, por lo que avisé al hostelero. ¿Qué hacer?Imposible negarlo. Además, al anunciarme que sería el invitado de honor del hotel -¡no me han dejado pagar una perra!-, tendré que ponerme de punta en blanco como una "toalla". En resumen, no me queda otro remedio que salir pitando.
Quiero aquí, y ahora, detenerme en el antiguo camino de los peregrinos; bendigo al cielo por haberlo hecho. Ha sido un viaje maravilloso, grandioso, salvaje como hace mil años.
Allá abajo, durante los primeros kilómetros, estaba el alba naciente. Era la hora en que los segadores, por familias enteras, cortaban, con las hoces, los dorados trigos, entre los

que parecía también brotar, por aquí y por allá, una vieja ermita con porche cubierto, que resultaba muy pintoresca.
Las grandes montañas azules izaban en el cielo sus nieves, cada vez más cercanas.
Después, comienza la ascensión, entre grandes revueltas de millares de pequeños robles, canijos, altos como arbustos; también hay brezo y, sobre todo, grandes masas violetas. Miles de ovejas, sí, a millares, rumiaban una hierba grasa, nacida en las cuencas donde discurrían riachuelos vivos y que se esparcían sobre la esponjosa hierba, aparentemente cortada, corta, pero¡me he hundido de un golpe hasta las rodillas! Maldita gracia, y triste espectáculo que, sin duda, contribuiría a enloquecer, un poco más tarde, a los salvajes de los caseríos perdidos en los montes. Pero qué hierba, así segada, más bonita, y qué espléndidas ovejas, blancas, excepto algunas, que eran completamente negras, como si fueran los curas del rebaño. Las esquilas sonaban. Los helechos sentaban bien. Se subía.
Un primer pueblo, el Ganso; un segundo, a mi costado, Rabanal del Camino. Se acabaron las construcciones de tierra. Aquí, de nuevo, como en Navarra, los grandes caserones son rechonchos, de piedra, con los tejados de cañas sobrepuestas, por ambos lados, de las enormes piedras. Se palpa la lucha contra la naturaleza hostil, contra la nieve espesa de los interminables meses de invierno; los pueblos están resguardados sobre sí mismos, como a la defensiva.
A continuación, entre las once de la mañana y la una de la tarde, bajo un sol implacable, era necesario emprender la gran subida, ocho kilómetros, dejando las plantaciones. Pero qué espectáculo. En cada curva del infame camino pedregoso, el panorama era más bonito, todo se veía rosa (las tierras desnudas o vueltas) y verde (los montes cubiertos de pequeños robles y helechos). Vista grandiosa, infinita, un mundo entero, y cada vez más ancho, más vasto, recompensando con creces el esfuerzo.
Además de que, extasiado por el espectáculo patético que ofrecía la cima, en estas dos horas, ¡ya había andado los mil kilómetros del viaje!
En lo alto anidaba el pueblo de Foncecabón, junto al Monte Itero; pequeño pueblecito completamente negro (la piedra es pizarrosa), con extrañas casas hechas de planchas negras, casi totalmente cerradas, con los tejados bajos, de paja, también negruzca, amarillenta (y esto queda bonito, es la única mancha de color) a veces de una brazada de reparación dorada. Pueblecito cerrado. Aldea porfiada. Pequeñita. Sin embargo, aquí había hospitales y asilos, poderosamente "dotados". Tanta magnificencia se debe a que aquí, en el año 942 (hace más de mil años), se celebró, durante el reinado de Ramiro II, un. . . ¡concilio! ¡He aquí, al menos, a prelados que querían tener, desde lo alto de estos montes, bajo sus miradas, el panorama de la Cristiandad! Es que ahora, hacia el este, pero también por el Sur, por donde yo había llegado, uno se sumergía en aquellos paisajes de los valles rosas y verdes, de montes azules con nieves relumbrantes, de cielo soleado con las nubes en flor.
Pero el pueblo del Concilio no era más que un caserío negro, mudo, cerrado, hostil. He intentado inútilmente -en diez casas- tratar de comprar dos huevos crudos. Esfuerzos vanos. Hay sólo una "taberna", una casa donde se despacha vino (nada más), pero no hay ni una ínfima tienda. Un campesino, que estaba delante de su puerta, ¡ni siquiera ha intentado abrírmela! La "copita", la única "copita" que podría haber tomado en 64 kilómetros, ¡no la he catado!
Una mujer me precedía por el camino. Intento, marchando más deprisa, acercarme a ella, pero cuando ya me eproximaba (estaba aún a 50 metros), desapareció lanzándose por medio de las retamas y las zarzas de un terreno verdaderamente impracticable.
Estaba atónito.

¡Imaginas, entonces, lo que podía tener de absolutamente impensable mi proyecto de hacer la etapa por estos lugares!Pero no había otra solución -esta cresta estaba justo a medio camino- que intentar realizar la otra mitad del trayecto, hasta Ponferrada.
¿Pista? Esto ahora no era más que una senda, a menudo borrada. A las afueras del burgo, cerca de una vieja muralla con un bonito arco románico, último vestigio de los famosos tiempos, pregunté a los chiquillos. Estos me equivocaron. Debí utilizar mi instinto. Por suerte, rápidamente me di cuenta de que me dirigía demasiado hacia el noreste y que, en lugar de atravesar las montañas y los picos, de frente, los iba a rodear completamente.
Pero el paisaje era tan hermoso que igualmente me dejaba seducir. Querida, imagínate la montaña de Auclin, en Bouillon, multiplicada por cuatro. El sendero desciende durante una hora, zigzagueante, sobre los trozos de piedra caliza, en medio de un paisaje embalsamado de brezos, de retamas olorosas, de helechos, de millares de robles cortados. Después, en lo más bajo, llegué a un gran arroyo brincador entre las piedras(¡parecía totalmente ardenés!), ribeteado de estrechos heniles, con el heno, aún verde, secándose al sol. Se volvía. Se remontaba. Se cruzaba por encima de pequeños puentes hechos de vigas y de gavillas. Silencio, soledad extraña, embargable. He seguido durante dos horas el curso de este arroyo sin ver a nadie. ¿Comer? Felizmente había traído de Astorga un zoquete de pan. Me apresté a comérmelo junto a una cascada sonora, llena de libélulas, mojé mi mendrugo de pan en sus aguas cristalinas y me supo a manjar de reyes.
Hasta ahí había llegado el protocolo. Me había quitado los pantalones, completamente marrón-rojizos por el barro de las ciénagas, los lavé, y me paseé, alrededor de las peñas, vestido con unos graciosos "calzoncillos" ¡de lechuguino de la época grande! Después, he vuelto a reeditar el truco que había utilizado en León y me los he vuelto a poner mojados, encargándose el sol de secarlos sobre la marcha.
En un rodeo del desfiladero (¡profundo! Estas montañas enormes se alzan, raudas a los dos lados, hacia el dorado cielo), apareció una encantadora capilla de piedra, cubierta con enormes pizarras. Fue una falsa alarma. No era más que parte de un caserío con seis o siete pobres casuchas negras, cuyas gentes viven de cuatro legumbres cosechadas en la estrecha claridad y de las orlas de heno que había visto más arriba.
Era preciso continuar aún durante dos horas (atravesaba desde hacía tres horas y media este valle) para llegar al mundo civilizado de Molinaseca. El agua era de una limpieza sublime. Después, el sendero se dirigía hacia la derecha, hacia el oeste, así, pues, iba en la buena dirección, remontando toda la montaña (¡qué calor!), pelada, aguda. Me crucé con "segadores" que trabajaban en sus pequeños prados de trigo; una vieja que estaba, completamente sola, cortando su trigo, con su mula al fresco bajo un nogal. Un fuego de montañas lanzaba, al asalto de la costa, sus llamaradas igual que si fueran grandes y hermosos perros rojos, ávidos y silenciosos. Una espadaña, una iglesia sobre su otero de grandes piedras, las viñas del valle. No me quedaban por recorrer más que ocho kilómetros hasta llegar a Ponferrada, los más duros, pues no veía en derredor bellos paisajes como para entusiasmarme y la carretera, otra vez civilizada, no era más que un montón de gruesas piedras sobre las que los pies rabiaban terriblemente.
Pero al fin, a las ocho de la tarde, tras trece horas de caminata en total, me encontraba ya en el hotel, un hotel supermoderno, con 400 habitaciones, cada una con cuartos de baño, con ducha y teléfono en la alcoba, y el bullicio de todo el mundo turístico, que haciendo ahí un alto, se dirigía hacia la montaña o hacia el mar.
Visité la ciudad, la vieja ciudad (pues el hotel donde estoy parando está cerca de la estación, en la ciudad nueva), encaramada sobre su suelo de rocas, con su fabuloso castillo-fortaleza, a la vera de un caudaloso y poderoso río negro como de mármol, de

haberse lavado ahí durante siglos el carbón de las minas próximas. Pero esta agua negra, rápida, lustrosa, impresionante, me evocaba a Dante. El castillo fortaleza era la antigua gran ciudadela de los Templarios encargados de proteger, en todas estas montañas, los caminos de mis predecesores, los "peregrinos". ¡Pobres Templarios, perseguidos, cazados! Y pobre ciudadela, donde la vista -es muy bonita- da al gran río y a uno de sus afluentes y se pierde entre las grandes montañas, pero donde todo, ahora, no es más que miseria y abandono. Para visitarlo he tenido que dirigirme al Ayuntamiento, donde han puesto a mi disposición a un policia municipal(¡bravo tipo, uno más de la División Azul! pero que no me ha reconocido); provisto de la llave, he podido con él vagar, mirar, soñar. Aquellos guerreros de antaño eran verdaderos poetas que escogían estos paisajes a su más adecuada medida.

Villafranca del Bierzo, Sábado, 14 de Julio de 1951. 22ª etapa, 775 km.

Carta 23.

Ayer por la tarde dije largamente adiós al majestuoso castillo erigido sobre roca, por encima de su río de agua negra y de los viejos arcos románicos de las plazuelas de Ponferrada. Había bebido un trago, entre dos duchas, en una vieja cava romana admirable, un "bodegón", como se le llama, tal y como los peregrinos debían antaño conocerles. No había más que proletarios del terruño. Una escalera tenebrosa. Una minúscula claraboya por la que pasaba un poco de luz. Unos toneles fabulosos. Cubas lustrosas. Algunos pellejos. Muy bonito todo, muy típico y pintoresco.
El hotel estaba francamente bien, sin salirse de un precio normal. Toda la noche ha llovido. Parto al alba, por un camino de macadán azul, reflejo del aguacero caido.
Los primeros kilómetros no tienen ningún interés. La tierra aquí es bastante llana. Cientos de obreros iban a la ciudad en ciclomotor. Hacían falta todavía dos horas para llegar a la nueva cadena montañosa (¡a franquear!) y no se avistan aún. No hay más que viñedos a los lados, bonitas cepas verde claro, azuladas por el sulfato decorativo. Delante de mí caminaban dos "sulfatadores" completamente teñidos de verde claro; detrás de ellos, tres mujeres, admirables como columnas, portando un enorme jarrón verde sobre su cabellera. Estas cargas dan a las mujeres un busto perfecto, con caderas ágiles, y un porte de diosas.
Serpentean bonitos riachuelos con puentes asombrosos, completamente construidos con enormes placas de pizarra. Las casas son con balcones de madera corridos, que se juntan con una alta parra.
Después, se descarga un nuevo chaparrón, que fue vencido por un pálido sol, y se sucede mi llegada a una pequeña ciudad, anidada entre gigantescos montes verdes y rojos y entre dos ríos saltarines. Los valles son tan cerrados que el principal se llama Valcárcel, el valle-prisión. Es este paisaje, en más grande, bastante parecido al del valle del Ourthe, más árido que el del Semois.
Villafranca es una ciudad muy linda, un poco del tipo de Montjoie, con todas sus casas (muchas blasonadas) con graciosos balcones corridos, pero, por el contrario, está sembrada de islas místicas, todas las iglesias de la "peregrinación".
Aquí, muchos peregrinos llegaban al límite de sus fuerzas. Algunos no eran ya capaces de llegar hasta Santiago. Es por esta causa que se concedían a Villafranca del Bierzo, en favor de los que ya no podían más, los mismos poderes que a Santiago. La "Puerta del Perdón", que es un admirable pórtico románico de la iglesia de Santiado de aquí, hacía

las veces del famoso "Pórtico de la Gloria" de Compostela. ¿Emotiva también, esta piedad, este consuelo para los que no llegarían al final del camino?. . .
Varias iglesias muy bonitas, ciertamente bien conservadas. En San Francisco, un curioso Cristo en. . . un sepulcro, una hurna completamente de cristal, con un cadáver de un realismo impresionante. Una Virgen. . . también llamativa, puesto que era una imagen de las que se encuentran en un estado interesante: ¡"Nuestra Señora del buen parto"! Grandes recuerdos de Cluny; la Virgen de la Colegiata se llama Nuestra Señora de Crunego, deformación evidente de la palabra Cluny.
Llueve otra vez. Pero ahora de una manera absolutamente fantástica, ¡furiosa! ¿Qué voy a hacer estos días si continúa lloviendo así? A pesar de ésto, muchas pulgas. Mi estado general es bueno. Mi espíritu está laxo. Siento un gran relajamiento, incluso intelectual. Este dichoso talón izquierdo me hace sufrir mucho constantemente: son los nervios, más que la enorme bota. ¿Futuras etapas?Tengo por delante cien kilómetros que me separan de Sarriá y son lo mismo que la selva. Nadie conoce ninguna fonda en estos parajes. Así, pues, no hay más que hacer la aventura completa. Desde Sarriá te telegrafiaré. Y después de Sarriá, habrá aún otras dos etapas misteriosas. Pero luego, será carretera, y dos días más tarde, sábado, pues, ¡Santiago!

Triacastela, lunes, 16 de Julio de 1951. 24 ª etapa(?)- 875 km.

Carta 24

Una etapa más abatida, dura, toda de montañas (de 1200 metros de altitud y más) y por senderos espantosamente pedregosos, colmados de miles de bloques de piedra y de cantos rodados por las aguas desde los neveros.
Muy temprano, abandoné la "fonda" infecta, y emprendí la escalada (4 kilómetros) del último pico de la cadena de los Montes Cabrero, en lo alto del cual está situada la vieja iglesia de piedra azulada donde tuvo lugar el más extraño de los milagros, inspirador, se dice, de la leyenda del Santo Grial.
Imagínate el más extraño de los pequeños pueblos de montaña, con las casas ovales (sí, ovales), es decir, exactamente el estilo de las chozas de la Edad del Hierro. Ovales para resistir mejor, como aún hoy, las ventiscas de nieve. Durante cuatro o cinco meses del año, las nieves son aquí de tal magnitud que no se puede salir de las casas. Los tejados son cónicos, de paja completamente trenzada y reforzada con ramajes en forma de encañizadas. Estas casas, o chozas, se llaman "pallozas"; actualmente constituyen un vestigio arcaico de reminiscencia extraordinaria.
La iglesia, construida con enormes piedras, es pequeña, con un soportal románico como un túnel, que es famoso desde la Edad Media por la historia que te voy a contar.
Una "madrugada" de enero, el cura del pobre lugar oficiaba solo la misa, mientras que la nieve ventisqueaba afuera, en la oscuridad. En el momento en que iba a consagrar las Especies, escuchó pasos; un hombre (¿un habitante del poblado?, o ¿un peregrino?), desafiando la tempestad, penetraba bajo las viejas bóvedas. El sacerdote hizo entonces una reflexión bizarra:
-Pobre hombre, dijo, aquel que desafía la nieve, la oscuridad, el frío ¿y para qué?
Fue entonces cuando, repentinamente, lo que sus manos sostenían era un trozo de carne, de la que la sangre corría por sus dedos, sobre su estola, sobre el mantel del altar. El milagro incorpóreo de la Consagración, pues él había dudado, ¡se había hecho visible! Esta carne y los trozos de tela manchados de sangre, aún se conservan. ¡Te imaginarás con qué fe los peregrinos subían por estas rampas para contemplarlas! Un Papa, Pascual II, vino de incógnito, incluso vestido de peregrino, para dar cuenta por sí mismo de este

hecho milagroso. Isabel la Católica llegó también a estas alturas e hizo guardar la carne y la sangre en dos pequeños relicarios encantadores, de plata y oro, permanentemente aquí, que se conservan en la parte superior del Tabernáculo. El sacerdote actual me los mostró. Todos nuestros Burguiñones, Felipe el Hermoso, Carlos I, Felipe II, también los vieron.

Ahora, la vieja iglesia está toda carcomida por las nieves, y el cura, un joven extraordinario, vive como el más pobre campesino, en su cuadra, entre algunas gallinas, en medio de las cuales me ha invitado a compartir su rústico almuerzo. Después, me acompañó durante cuatro kilómetros por los montes.

Para mí, en esta pobre vieja iglesia desnuda (ni un solo banco), ante este tabernáculo iluminado (pues estas reliquias están consideradas como el Santo Sacramento, y una Bula de 1487 confirma el milagro), la apertura de este doble relicario, tenía algo de sobrenatural, de extrañamente medieval, e incluso proveniente de los tiempos místicos (para los que crean) y wagnerianos.

Después, tuve que cabalgar -es una forma de decir- por montes y valles. ¡Qué montes! Paisajes inmensos, montes verdes, cuarteados por pequeños prados amarillos de trigo y de cuadrados rosas de tierras desbrozadas, con nieblas ascendiendo desde los valles en fabulosas volutas blancas orladas de azules claros, caminos estrechos encajados en las rocas, y por doquier grandes gayombas doradas y altos brezos granados. De cuando en cuando, un pequeño pueblo negro -con algunas casas-, alrededor de una capilla negra, rechoncha, con un pórtico gracioso y macizo. A veces surgían de la niebla, en la lontananza, algunos picos como si fueran islas.

Pero cuántas complicaciones para encontrar las veredas, llenas de cantos rodados, que se estrellaban a menudo en patas de oca. ¿Por dónde?Nadie, excepto, a veces, uno u otro "pastorcillo" ignorante, que me indicaban, cada vez, una dirección diferente y equivocada. Uno de ellos -debí haberme orientado por mi propio olfato e instinto- ha hecho que me perdiera de una manera tremenda, tuve que volver a descender totalmente la enorme montaña, por un camino tortuoso, irregular, describiendo círculos sobre sí mismo, todo lleno de baches e impedimentos que hacían muy difícil el paso por ese lugar, puesto que no era otra cosa que un impresionante corrimiento de piedras encabestradas. Cien veces me he torcido allí los pies. Y ya al pie del monte, donde habían construido algunas casas bajas, me di cuenta de que me había equivocado de camino ¡y que era preciso volverlo a remontar! ¡Fueron seis kilómetros absolutamente horrorosos!

Casi todo el recorrido estaba verdaderamente infranqueable, pues ha llovido mucho por aquí y las tierras han arrastrado a los ya encasillados senderos toneladas de piedras, convirtiendo los fondos en cenagales. Pensaba en todos los peregrinos de antaño, mis hermanos, dando tumbos por estos mismos pedregales semejantes y reproducidos a través de los siglos hasta hoy.

De pronto, escuché como un ruído de serrería: era uno de esos pequeños carros de ruedas, tan pintorescos, casi lleno, que descendía, desde el monte, con ramajes secos: el ruído de serrería era el sonido del freno rudimentario. Todavía tuve que andar algunos kilómetros de guijarros y, tras treinta y cinco kilómetros durísimos, entré al fin en Triacastela.

¿Fonda? Sobrepasa todo lo que he sufrido hasta el presente. El cuartucho no era más que un zaquizamí con los muros completamente negros por la humedad. Ni siquiera había en él la cubeta de agua de las otras. Es preciso lavarse en el corredor, junto a toda la tribu. La entrada es por la cuadra -ésto es clásico-; la subida había que hacerla por una escalera que se movía, cubierta de guarrerías e invadida de gallinas. Así es el pequeño palacio que te describo, pero, aún así, es el mejor en treinta kilómetros a la redonda

¡Pero qué importa! Aquí ya se "siente" Santiago. El pueblo se llama, por otros, Santiago de Triacastela.
Y es de aquí de donde cada peregrino se llevaba consigo una piedra caliza para contribuir a la edificación de la Catedral de Compostela. Te los imaginas, cargando, con alegría y alumbrados por la esperanza de la ciudad ya próxima, estas piedras calcáreas que formarían parte, y también ellos, en la construcción santa.
Otro síntoma. Hasta aquí venían al reencuentro de los peregrinos los que hacían de enlaces de los hoteles de Compostela. Se les enviaba para servir de reclamo a los peregrinos, captar a esta clientela a menudo"naif". Les robaban ya, anticipadamente, cuanto más mejor, en la venta de sus collares, en las conchas, en las medallas o en cualquiera otra baratija o chuchería que pudiera servirles como recuerdo de su peregrinaje a tierras compostelanas, y también en el canje de sus monedas de oro extranjeras, con una sobre tasa desvergonzadamente usurera en el cambio.
Por estar al tanto de todas estas menudencias, creo que, por lo menos aquí, en ésto, no seré estafado. Por lo demás. . . , ésto es infame. Por las dos comidas, la siesta y la noche me han cobrado ¡25 pesetas en total! Aunque, eso sí, las telarañas que adornan todo el conjunto del recinto y todos los rincones, han sido gratuitas.
Pero, en fin, esto marcha. Tengo los pies bastante molidos por todos estos pedruscos sobre las veredas. El resto está bien. E incluso pienso que los pies, mañana, estarán de nuevo bien dispuestos. Salvo que se presente algún accidente imprevisto (¡Esos perros infernales! ¡O los toros! Se les encuentra por todas partes en estos caminos quebrados, solitarios, ¡cortándolo todo!). Tengo siempre el temor de acabar el"raid" en una clínica, agujereado por una sólida "cornada". Se les ve, tan plácidos, paciendo allí las hierbas de las peñas que brotan del agua, pero su mirada es huraña y dan canguelo. En cuanto a los perros, se abalanzan sobre mí como bólidos desde el monte donde están guardando las cabras y las ovejas. Bestias traicioneras, inicuas, de hocicos puntiagudos, acechando a cada paso mis carnes. . .
Tan sólo me quedan cinco etapas. Normalmente, y si no surgen contrariedades, las deberé coronar. ¡Y me sentiré muy orgulloso de mi victoria!

Piedrafita, Domingo 15 de Julio de 1951 23ª (?) etapa. 810 km.

Carta 25.

Cada mañana pienso que no podré llegar hasta el final. Hacia las dos horas de comenzar la etapa, me domina el desánimo, me flaquean las fuerzas, el cansancio hace presa de mí, jadeo mucho. Pero, después, tras una hora de siesta, me siento otra vez completamente "feliz", renovado y con el ánimo hasta dispuesto a llegar a pie al mismo polo norte pasando por el polo sur.
Te escribo desde lo alto de las montañas de Galicia, ya en la provincia de Lugo, donde entré hace poco (la última provincia del camino que me queda por atravesar antes de la de Santiago, La Coruña, como meta final). Llueve, es la historia de nunca acabar. Pero el bondadoso Santiago, al que imploro, "caminando", con un fervor muy interesado, ha contenido el diluvio durante toda mi larga caminata.
La jornada, pues, se presentaba dura, quizá más dura que las habituales, porque me encuentro menos predispuesto, bastante débil en este momento, más sensible a la distancia de los kilómetros, a la abruptez de las subidas, que se me hacen interminables, y al peso tiránico de este sacrosanto morral que me mata.
He dejado la bonita Villafranca muy temprano, a las tres de la madrugada, pues no me era posible poder dormir más, devorado como estaba por horribles pulgas

completamente negras, duras como el jade, y que crujían -no estallaban- más que trituradas con fuerza entre mis uñas vengadoras.
Seguí el camino durante veinte kilómetros, primeramente por el valle del río Valcárcel, verdaderamente aprisionado -esa es la sensación- entre montañas gigantes, casi en acantilado. Río del estilo del Lesse, alegre, brincador, cantarín, cortado veinte veces por presas de piedra, a lo largo de cuya ribera estaban los pescadores de truchas que se veía, además, matizada de extraños claros redondos de gavillas. Riberas áridas, con alturas increíbles, que parecen cortadas a pico, pero que los campesinos, en las pequeñas parcelas disponibles, se empeñan en cultivar, surgiendo así estos dorados trozos de trigo o de avena. Ciertamente, de estas recolecciones minúsculas (y emocionantes, pues ¡qué denodado esfuerzo significa tener que subir cada día hasta aquí a realizar la labor, trabajo humano, por ello, doblemente meritorio!) estaban recogidas, en estas alturas, en pequeños montones de paja, los que parecían focos amarillos intentando en vano una ascensión imposible.
Bonitos colores, amarillentos también, esparcidos como estrellas, sobre el respaldo verde de centenares de grandes castaños con sus largas semillas nuevas. Los árboles en el valle son espléndidos, enormes, fantásticos a veces, de un resplandeciente verde brillante.
Los pequeños pueblecitos, al borde del agua, son menos sombríos que sobre los montes. Los muros están, con frecuencia, enjalbegados de blanco. Los balcones, corridos, de madera, tan originales, tan bonitos, son marrones o rojos. Las flores que los adornan, son claveles o geranios. Alguna que otra parra grande sube hasta las ventanas, como para ver dentro lo que pasa. Abajo, están los carros llenos de ruedas, cortos, bajos, esperando a uno u otro rey merovingio en busca de un peregrinaje lento y fácil.
Después de haber recorrido veinticinco kilómetros, quise alojarme. Había un pueblo bastante grande llamado Herrerías, pero donde fue imposible obtener albergue. La mala voluntad de los lugareños fue general. Obtuve las mismas respuestas por todos sitios: "No" o "Nada". Me he visto obligado a abandonar el valle y sus majestuosas fortalezas, situadas, semejando espléndidos nidos de águila, sobre los picos, en la actualidad completamente cubiertos de hiedra, perfectos oteros desde donde antiguamente los señores asaltaban a los peregrinos.
También dejé, abajo, las ruinas del hospital inglés (sí) destinado a los peregrinos británicos, muy numerosos en aquella época (unos tres mil al año de promedio).
Para encontrar una cama no tenía más remedio que iniciar el camino del ascenso, de doce kilómetros, subir hasta los 1293 m de altitud para alcanzar (ésto sin rodeos inútiles) el pueblo de Piedrafita. ¡Qué subida! No conozco nada más laxante y que desanime tanto como estos caminos con largas revueltas que conducen, al cabo de un cuarto de hora, a cincuenta metros por encima del punto de partida. El sol está ardiente, es un sol de tormenta, asomando entre enormes nubarrones negros dispuestos a descargar su peso a cada instante. Era -mañana la abandonaré- la gran carretera del mar, casi tan desierta como los caminos rurales. En ocho horas de camino he visto -y es domingo, y en julio- alrededor de seis automóviles, de los cuales dos eran franceses. De hecho, el turismo en España, y las vacaciones, no son atributo más que de una ínfima minoría. Sudaba, sufría, entre los montes repartidos en conos muy sorprendentes, anchos por la base, terminando en la punta por estrías que producían vértigo.
Fui abordado por un policía de paisano, muy amable, que me salvó en Piedrafita. Pues cuando me presenté en la fonda -se entraba por la caballeriza, se subía una escalera tenebrosa y se penetraba en una cocina negruzca -la "patrona" me negó la alimentación y el alojamiento. Fue necesario que el policía subiera a hablar con ella para que al fin transara y me aceptara.

Increíble. No había más que una "habitación", con el techo de madera blanca, que estaba libre. Pero todo "extranjero" le daba miedo. Cada vez que se presentaba uno, era necesario una hora de "seducción" antes de deponer su actitud y aprovisionarles. Después, a veces, hasta eran amables. Estas gentes rudimentarias están mentalmente en la edad de las cavernas y de los uros.
Cae la noche, extendiéndose por todas partes las largas nieblas húmedas. Me hubiera gustado haber llegado ya a destino. Pero había tenido que renunciar a lo que quería. Esto era más duro de lo que había imaginado y no veía con claridad lo que haría a continuación. Me fue necesario cepillarme los dientes más a menudo para sentir otra vez todo lo contrario. Estoy contento de haberlo realizado. Una vez que se me pase el cansancio que arrastro, este viaje me dejará grandes e inolvidables recuerdos.

Sarriá, a 17 de Julio de 1951. 25ª etapa, 890 km (si ayer eran 845)

Carta 26

¡Otra etapa concluida! ¡Más que cuatro! No me puedo comportar mejor. He pasado la crisis de decaimiento y he ahí el colofón de otra travesía de ocho horas acabada. Es obvio que cada día se me hace más duro el trayecto. Pero no me siento mal por ningún sitio. Me estoy habituando a la cadencia. Me voy a sentir muy extraño cuando deba permanecer quieto en mi lugar (¡Esto, por otra parte, siempre me ha resultado extraño!).
Ayer por la tarde contemplé en las montañas una gran puesta de sol, de matices grises y rosas, muy bella, sobre la que sobresalía el campanario de Triacastela con sus piedras ennegrecidas por los inviernos. El agua del río discurría cantarina en su cauce. Por todas partes se escuchaba el extraño ruído de serrería de las pequeñas carretas merovingias, que transportan, con su compás de horribles chirridos, el trigo y el heno.
A pesar del agujero húmedo en que pernocté, donde, incluso, había encontrado, por la tarde, a dos. . . cochinos, negruzcos y simpáticos, esta vez no he dormido mal. Pero la comida, en vez, me retorció las "tripas". . .
El camino de esta etapa era muy poético, se transita bordeando un bello río adornado con largas cabelleras de lianas y nenúfares y saltando de cascada en cascada, visitando innumerables molinos, sobre todo "molinos de hierro", simples vestigios mudos, hoy, de una vida que debió interesar mucho a los peregrinos de antaño.
A lo largo del agua, en el simple círculo que forma el valle hay muchos pequeños prados, campos separados los unos de los otros por impresionantes placas de pizarra, aún más grandes que las que cubren los tejados (¡y que uno sabe lo que son cuando las atraviesa!), aunque, de hecho, los tejados no son apizarrados sino embaldosados.
Por aquí y por allá, durante las ocho horas de mi caminata, he visto a los segadores habituales, o sea, padre, madre y niños, sentarse en círculo, y con largas y finas navajas cortar en grandes rebanadas el pan a pares (¡pero ni uno solo ha sido capaz de invitarme!). Los animales más extraños que encuentro en estos caminos de por aquí son los cerdos, con patas tan altas como becerros.
Por todos lados hay castaños enormes, coronados por los penachos amarillentos de las semillas, palmeadas como patas de ocas. Los musgos aquí son suntuosos. Las olorosas retamas gigantescas. Hay brezos, brezos incomparables, como fuerza y como color.
Hice un alto en el monasterio de Samos. Este edificio es enorme, de una hectárea, siendo un albergue famoso para los peregrinos. Después de otras dos horas de camino alcancé, por una larga pendiente, Sarriá. Pero, qué historia este sagrado hotel "Burgalesa". Estaba. . . ¡en la estación! Ahora comprendo lo que significa la expresión

"vete a paseo". En España, la estación está casi siempre en el quinto diablo, en el poblacho más perdido.
Me resultó muy interesante la visita de la vieja iglesia del convento-hospital; un joven novicio que me ha visto se ha pegado a mí, no ha querido dejarme solo y me ha conducido, a pie, hasta aquí (¡8 kilómetros!)
Las cuatro últimas etapas prometen ser duras: de 35 a 40 kilómetros cada día. Un fuerte sol ha comenzado a brillar y a hacerse sentir. Calcina. . . Y las costillas están tiesas, achicharradas. Pero me encuentro con la alegría de estar viviendo los últimos esfuerzos. He tentado a la suerte y creo que voy a ganar, a pesar de todos los avatares que fueron presentándose en el transcurso de la aventura, y que, por momentos, hacían que pareciera que iba a ser imposible alcanzar con felicidad la meta soñada y anhelada con tanto afán e ilusión.

Puertomarín, 18 de Julio de 1951. 26ª etapa (?) - 905 kms.

Carta 27

Es noche cerrada. Al fin, me libro. . . de la Junta Municipal en pleno, que, avisada de la visita de un "peregrino", ha venido a mi encuentro para mostrarme las maravillas de este pequeño pueblo admirable y que, para terminar, me ha ofrecido una recepción ¡a expensas del Alcalde!
Así, pues, he tenido un buen final después de una dura jornada.
Se cuece uno por el camino. Primero he tenido una larga subida de seis kilómetros, pero con un paisaje mucho menos violento, con grandes prados, con enormes, fabulosos y legendarios castaños. Todas las faldas de los montes rocosos están tapizadas de viñas, sostenidas por cientos de pequeños muros negros, como en los flancos del Rhin.
Pero el descubrimiento fue Puertomarín. Tras un largo descenso hacia el río Miño, espléndido, con una anchura de casi doscientos metros, partido a menudo por pintorescos espolones, plantados solos, como aguijones, a través del río, para permitir a los pescadores de anguilas, muy numerosos aquí, lanzar, en el otoño, sus redes, en los días de lluvia y en las noches sin luna.
Extasiado, caminaba admirando este río, tan bonito, todo enlosado de piedras, cuando, de súbito, surgió, a 500 metros, la masa enorme de un rectángulo fortificado, de la iglesia de Puertomarín, bastión militar de los Caballeros de Santiago, protectores del camino del peregrino. Poco después, elevándose sobre el horizonte, los dos últimos arcos, dos maravillosos arcos romanos, del vetusto puente, completamente cubierto de hiedra, negruzcos, enormes, impresionantes, como todo.
En su panorama de montañas, entre las viñas, las peñas, con su iglesia-ciudadela, su puente en ruinas, su gran río saltarín, esta pequeña villa es un lugar maravilloso para el veraneo.
Pero he ahí, ¡nadie pasa aquí las vacaciones! La fonda es la peor de todas por las que he pasado. La habitación que me han destinado, de 2 por 2 metros, no es más que un cuchitril irrespirable, no tiene ni el más mínimo ventanuco al exterior. La única abertura que tiene esta covacha es la puerta que da al pasillo, que al abrirse parece que se va hasta encima de la cama, y un hueco cuadrado, de unos 30 por 30 centímetros, que deja pasar algo del aire fétido de la. . . letrina, no más que una infecta leonera, sin agua y sin ventilación, un agujero por el que suben las emociones hediondas y pestilentes provenientes de la cuadra del piso bajo (o del pozo ciego), cuya entrada, sin puerta, quedaba, además, ¡justo al lado de la mía! ¡Peregrinación! ¡Peregrinación!

Salí a airearme y a admirar las estatuas de la vieja iglesia, especialmente las del pórtico central, donde rodean a Cristo veintidós músicos tallados en piedra, magníficos, a tamaño natural, tañen para la eternidad, con sus extraños instrumentos, como en Bretaña (tan parecida a Galicia, de la misma raza)su melodía celestial. También al borde del agua es un espectáculo de gran encanto.

Palas del Rey, jueves 19 de Julio de 1951. 27ª etapa. 945 km.

Carta 28
No existe palacio del Rey en Palas del Rey, a donde he llegado apenas en dos horas, cocido, mojado, extenuado, encantado.
No había podido dormir en el agujero negro y nauseabundo del bonito pueblo de Puertomarín. ¡Tuve la sensación de estar en una tumba! Además de no poder habituarme al asfixiante olor del "retrete" pegado a mi puerta. A las seis de la mañana dejaba el admirable valle, todo blanco por la niebla, después de haber contemplado detenidamente, una vez más, a los músicos de piedra, de viola y de gaita, del pórtico principal de la antigua iglesia de los Caballeros; los dos bellos arcos negros del puente viejo y la capilla de Santiago, bajo la cual, más allá del agua, pasaban los peregrinos; los espolones de los pescadores de anguila, el agua matizada de blancura, de piedras y de nenúfares, y las dos casas señoriales en ruinas. El camino ascendía, durante trece kilómetros, por un paisaje cada vez más desolado de landas cubiertas de brezos y, sorpresa, de abetos. La bella niebla, amiga tan íntima, tan profunda, de las ideas, especie de halo que las envuelve y protege y que espera hasta que ellas se desvanezcan, me acompañaba. No he vuelto a encontrar, más que en lo alto de los montes, sobre los grandes cerros del cerco de montañas, al sol, un sol pesado, traidor, bochornoso.
Quise, por última vez, adentrarme, atravesando los valladares, rocosos y montañosos, por el antiguo camino de los peregrinos, dando tumbos durante muchos kilómetros y pisando y pateando los miles de cantos rugosos de su cama encastrada, semejante a la de un torrente. Los caseríos que encontraba a mi paso son sórdidos, sumergidos como están en el estiércol, aunque ennoblecidos de cuando en cuando por los viejos escudos ennegrecidos que campean en sus fachadas. Es casi imposible entenderse con los lugareños, pues muchos de ellos son pastores y segadores que no hablan más que su "gallego"natal, el galaico, una especie de portugués modernizado, pero entreverado con toda clase de giros castellanos deformados, que pareciera que no se puede expulsar más que masticando silex con fuerza. Y después de tan intrincado y abrupto camino y de la tortura impuesta a mis martirizados pies a través de estos pedregales, finalmente me he extraviado, aunque manifiestamente equivocado por un campesino, que, sin ninguna duda, tomándome por un sombrío portador de toda suerte de maleficios, me hizo, ya a las afueras del poblado y ante la bifurcación que presentaba la senda, tomar por la del extremo opuesto a la que debía haber tomado, quien, con una extraña socarronería y a pesar de estar ya lejos, aún lo seguía afirmando, tal vez para convencerme mejor, a gritos y haciendo grandes aspavientos; lamentablemente, lo que debió ser sentirse liberado de la posible influencia maligna que pudiera alcanzarle con mi persona, no lo entendí así, sino que lo atribuí a un exceso de celo en sus indicaciones y que tomé por signos de verdadera cortesía, y así fue cómo, dejándome impresionar por su falsa amabilidad, desvié mi camino y tomé por el que me alejaba de mi destino y que me supuso tener que hacer un rodeo de siete u ocho kilómetros por landas desecadas, abrumadoramente silenciosas y solitarias, soledad y silencio apenas rasgados, muy raramente, por el trino seco y agreste de algún pajarraco que silbaba más que cantaba, cruzando raudo el firmamento.

A través de las veredas, al tun tun, acabé estas inesperadas vicisitudes encontrando una carretera. Estaba seguro de que era la del "Apóstol". Despues de dos o tres kilómetros, por fin pude ver un poste indicador que contenía solamente el nombre maravilloso: A SANTIAGO. Me he quitado el pañuelo que me sirve de sombrero, saludé al santo de mis sueños y me senté, feliz, embriagado por la emoción, al pie del viejo poste, vislumbrando ya el final de mi andadura, que de donde estaba no distaba ya más que dos "leguas", sólo dos leguas.
Debí de trotar mucho tiempo hasta alcanzar Palas del Rey, la anteúltima etapa que me había asignado. Aquí, después de algunas horas, me sentí otra vez en plena Edad Media. He deambulado, como un niño encantado, entre el gentío que había acudido al mercado mensual. Todo era idéntico a lo que debieron ver en su camino, en días semejantes de tiempos idos, los polvorientos peregrinos. Campesinos con los bustos como reproducidos conforme a las miniaturas de los Libros de Horas, avanzan, nobles, vestidos con blusones, junto a sus bajas carretas, de ruedas macizas, chirriantes. Otros mantienen a distancia a sus toros y sus terneros. Viejas completamente melladas, están sentadas, tocadas con su manteo rojo, de paño grueso, sobre la vestimenta negra, o acodadas sobre la paja, junto a sus cerdos rosados. Las monturas de los caballeros están pavonadas con bonitas y ricas coberturas, con grandes trazos negros, rojos, verdes, amarillos entretejidos. Los huevos están amontonados, igual que prodigiosos frutos claros. Todas las frutas del terruño tienen también colores diversos: brevas verde dorado, manzanas rosadas, cerezas húmedas, ciruelas claudias amarillo verdoso. Toda una callejuela está dedicada a la venta de pan, donde se ofrecen grandes hogazas grises, retorcidas en lo alto, en copete, como si tuvieran un moño. Sobre la cresta, el extremo más alto de la explanada, está la vieja fuente, junto a la que espera pacientemente un bonito animal castaño claro. Los gorrinos, abajo, se mueven en las cajas. Se venden, sobre bancos de madera, los pulpos violetas después de haberles pescado en enormes cubetas de cuero, donde se cuecen como en una colada de obispo.
Lo más bonito, humanamente mirado, es el muestrario de todos los aperos sencillos que se ofertan, esos útiles que ayudarán al noble, al sencillo y gran trabajo en los áridos viñedos: las navajas, finas y largas como medialunas, que se cubren con una capa de paja antes de entregársela al posible comprador; las guadañas, doradas y negras; las sogas, los cebos para el pescado; los grandes cestos, con los bordes amarillos, trenzados en cuadrados; las cribas que darán su pureza al trigo de los rubios campos. . . Nunca puedo dejar de mirar con sentimiento emocionado estos elementales enseres, que son la base de la vida campestre y el símbolo del esfuerzo del hombre.
La raza es grave, como ya lo debía ser hace diez siglos; raza laboriosa, áspera, austera. Miraba con interés a una de las campesinas que vendía sus frutos: cada vez que llevaba a término una venta, escondía el producto de lo vendido, por encima de sus rodillas, en la faltriquera de sus gruesos refajos (¿refajos de lana?) Otra, sentada sobre la paja, junto a sus cochinillos, contaba sus perras chicas, una por una, como si se tratase de monedas de oro. A cada pieza que pasaba se veía que reflexionaba, recelosa tal vez de la veracidad de lo recaudado. Estas mujeres -pocas son guapas- tienen un porte de cariátides. Las he visto, derechas como álamos, llevar sobre sus cabezas las cajas de frutas, aún dos veces más largas que ellas, con una soltura, una naturalidad y una nobleza que impresionaban. Son por aquí muy numerosas las mujeres que tienen los ojos gris- azulado y la piel fina agradablemente pintada con graciosas pecas, herencia de sus abuelos Celtas, hermanos a su vez de los Irlandeses y de los Bretones.
Por aquí y por allá, había un charlatán arengando a una muchedumbre "naif", que escuchaba en éxtasis. Otros tocaban la guitarra, como en el pórtico de Puertomarín. Numerosos sacerdotes -sin lugar a dudas, todos los curas de la región- daban vueltas,

empinaban el codo en los cafés y no quitaban el ojo de las muchachas. . . Pensaba en la clerecía picante que pagaba los policromados de los antiguos escultores. . .
Una sola cosa era moderna: el autobús o coche de línea. Pero, aún así, no dejó de hacerme gracia ver la natural disposición de los ancianos viajeros que ocupaban estos autobuses, autocares por demás brincadores y saltarines, acostumbrados a los ajetreos impuestos por las imperfecciones de los caminos, pues éstos estaban divididos por una barrera, que separaba así, a un lado, la gente campesina, mujeres con sus pañuelos liados a sus cabezas, varones con sus blusones, todos con las miradas vivaces, y al otro lado, viajaba el ganado, espantado, curioso, mugiente, compartiendo todos de este modo el mismo vehículo. Viven en común en el autobús igual que en sus grandes casas de piedra, ¡hogar y establo!
Todo esto me apasionaba de tal manera que más tarde, después de que hayan transcurrido algunas semanas, hasta dudaré de que haya tenido lugar: un choto, que no tenía ninguna gana de ir de excursión entre los lugareños, rompió el ronzal que lo amarraba y arremetió, en una imitación atávica de sus hermanos de lidia, de frente, buscando topar en alguien su libertad recobrada. . . ¿Qué trasero podría parecerle más amable que el mío?Yo, inocente, soñaba, siendo espectador de está insólita escena. No tuve ni siquiera tiempo de reírme de la actitud de la multitud que parecía querer hundirse, con la cabeza por delante, entre las cestas de cerezas, para pasar desapercibida ante la desenfrenada carrera del ternero. Recibí de parte de su mullido testuz, un topetazo en zona muy poco gloriosa ¡que me ha agrietado en forma de estrella la nalga izquierda con un espléndido "cardenal" violeta! Afortunadamente el toro era joven, no tenía más que unos pequeños cuernos muy limados. Fue más pintoresco que trágico. Esto me divirtió mucho. Pero el sitio elegido por el eufórico animal me produjo una cierta confusión. Me consuelo pensando que pudo haber elegido un sitio aún peor. . .
La moral es buena. Tengo ahora el trasero claramente más molido que los pies. Por eso, todos estos días estoy realizando etapas de sólo cuarenta kilómetros ¡bajo un sol que se hace ecuatorial desde las ocho de la mañana! Solamente las primeras horas de la mañana son relativamente frescas. Pero todavía se me hace necesario, cada mañana, hacer un acto de voluntad para levantarme al alba.
¡Cuando recibas esta carta, estaré llegando a Santiago! Espero con tanto fervor este momento, coronación de un viaje místico, que todos mis otros sentimientos también vibran.

Arzúa. Viernes, 20 de Julio de 1951. 28ª etapa, 985 km.

Carta 29

¡Ultima etapa! ¡Siento algo! Parto desde la vieja iglesia del pueblo, consagrada a Santiago, montado sobre un brioso caballo brabanzón, al que una barra de hierro poderosa sostiene a duras penas bajo el ombligo. Mañana podré ver, como cientos de miles de otros "peregrinos", desde lo alto del último monte (se llama el Monte del Gozo, el Monte de la Alegría) aparecer¡las torres de la Catedral!
La última noche de este peregrinaje; una vez más, no he podido pegar ojo. En esta ocasión -por una vez- la fonda era aparentemente bastante placentera y las personas amables. Pero a causa del jaleo que había fue imposible quedarse adormecido antes de las dos de la madrugada.
Es que esta noche, además, también he tenido que soportar -como fue casi una invariable costumbre a lo largo de toda mi andadura- la malhadada compañía de las minúsculas, y aún así tan notorias, pulgas. Unas veinte veces, acicateado por sus feroces

picotazos, he tenido que saltar de la cama. Pero estos inmundos insectos, como mofándose de mí, saltaban también, en todas las direcciones y al mismo tiempo que yo. La cama estaba totalmente acribillada. Esto era signo evidente de la falta absoluta de higiene y resultado de la cohabitación "fraternal" de personas y animales.
En una palabra, que reanudé la marcha en cuanto pude distinguir la claridad del alba. Y a pesar de ésto caminé hasta las dos de la tarde. Fueron unos cuarenta kilómetros, demasiado trayecto. Ayer, igual, y mañana, otra vez. Hay subidas de sierte u ocho kilómetros que hacen perder mucho tiempo. Sobre estas llanuras áridas, pobremente verdes de abetales delgados, esqueléticos, el sol es abrasador desde las ocho de la mañana. A las dos de la tarde ya se hace espantoso, insoportable. Todo aquí parece que se esconde en el negro de algunas casuchas. No he visto más que a una vieja pastora, junto a su vaca, marchando, con la rueca en su mano y sujetando el ronzal, igual que hace mil años.
Hice un alto en Mellide, un pequeño pueblo con un arte bastante importante, con magníficas estatuas -especialmente, un bloque de piedra de basamento, ornado con tres cabezas del siglo XII- que yacen, abandonadas en la hierba, en el exterior de una pequeña iglesia, igual que los sarcófagos que la rodean, que son de una majestad admirable.
Aquí, en Arzúa, el pueblucho es bastante insignificante. La fonda tiene. . . lavabos de agua corriente, pero. . . ¡no hay grifos! y en el retrete. ¡no hay tuberías! Así, pues, el mismo truco de siempre. Por el contrario, miríadas de moscas me acosan. Y un estruendo muy prometedor no ha cesado de sonar desde mi llegada.

¡SANTIAGO!, 21 de julio de 1951. ¡Final de la aventura! 1030 kilómetros.

Carta 30

Llegada brillantísima, en plena forma. Me bañé, he "comido y bebido de lo lindo", descansé una hora y me siento completamente "nuevo". Estoy feliz, encantado de esta gran aventura, a menudo dura, pues las condiciones del viaje han sido excepcionalmente escabrosas y los albergues abominables, pero me he hecho la prueba a mí mismo de que mi maquinaria humana era siempre capaz de todo.
Me he puesto en marcha al amanecer; me había levantado, como siempre, a las cuatro y media(parezco el Papa de Bouillon reencarnado). Sólo había, igual que ayer, una débil luna que iluminaba aún los montes azules, casi irreales, y una niebla espesa que me cubrió (alabado sea Dios) hasta las once, pero amenazaba (yo imploraba a Santiago) en convertirse en lluvia (ya caían las primeras gotas). Acabados los grandes campos de hortalizas, altas como lanzas, abonadas en los valles por nuestros señores los cochinos, por todas partes había abetos, débilmente plantados. Crucé por algunas aldehuelas: en una de ellas encontré hierbas maravillosas, una de ellas, con unas pequeñas florecillas de color rosa, inundando, a millares, la mitad inferior de un grave ciprés, era ¡para recordar!
Iba dejando detrás de mí los postes cuenta kilómetros, que me parecía que revoloteaban como las plumas de los pájaros. A las once menos cuarto, había hecho ya treinta y cinco kilómetros. Me acercaba, emocionado, al famoso Monte de la Alegría, el Monte del Gozo. Ya había atravesado el río y el pueblo de Labacolla, donde los peregrinos se lavaban y se mudaban de ropa, para presentarse, limpios, ante la Ciudad Santa. Ascendí. Larga subida. Algunas vacas castaño claro eran empujadas por un rapaz. En las landas de helechos, una carreta, adornada con encantadores dibujos geométricos, chirriaba sobre sus ruedas macizas, arrastrada por los bueyes uncidos con un yugo bellamente

tallado. Silencio. Y gravedad. Llegaba a lo alto del monte, el corazón latía con fuerza. Y ante mí apareció la ciudad, pequeña, oscura, con las tres torres enhiestas gris-dorado de la Catedral destacándose sobre el fondo gris, casi azul pálido, de las largas montañas, que llegaban hasta aquí a mi lado, en las que me sentía como apenas posado sobre un mundo imaginario. Aquí, los peregrinos se arrodillaban, cantaban el Te Deum, oraban. . . Yo, me he quitado mis grandes botas, y con mis pies cansados, por los mil kilómetros de esfuerzos y penalidades, y desnudos, he hecho la última legua que me faltaba para llegar. He sentido una extraña impresión de desequilibrio, pues todo el cuerpo estaba habituado desde hacía un mes a este contrapeso de cuatro kilos de mis pesadas botas; también por las quemaduras en las plantas de los pies, pues este camino, con largas bajadas y subidas, hacía daño.
Aún tuve tiempo, a pesar de sentirme devorado por las pulgas, de ir a postrarme ante el sepulcro de Santiago y visitar algo la Catedral. Estoy feliz. Todo mi ser canta la alegría de haber vencido, de haber podido llegar, de haber vivido algunas semanas de elevación espiritual, de haber hecho acopio de bellezas.

Domingo, 22 de Julio de 1951.

Carta 31

Ayer recorrí, maravillado, Santiago durante cuatro horas, acompañado de un joven escritor, poeta de esta extraordinaria "ciudad de la piedra", que ha conservado una formidable unidad; el conjunto de la ciudad es monumento nacional y nada puede modificarse. No existen escaparates de relumbrón ni reclamos publicitarios. Por todos lados hay enormes edificios medievales, pequeñas rúas con baldosas de piedra de un metro o metro y medio. Por la noche, todo es en esta ciudad mágico, poderoso, misterioso, iluminada, como antaño, por viejos faroles de gas, hábilmente "electrificados". Un paseo de locura.

Santiago, lunes, 23 de Julio de 1951.

Carta 32

Ayer fue una jornada maravillosa. Mis amigos, acompañados del pintoresco poeta-anarquista local, me han llevado a realizar una gran excursión. En primer lugar, por las montañas, inmensa sinfonía en verde, nada más que verde, del verde oscuro de los abetos y los bojes al verde dorado de los pastos. Bellos cruceiros, como en Bretaña. Viejos "Pazos" -palacios-, bastante austeros, pues la piedra oscurece y reverdece bajo la lluvia, pero a los bellos soportales del XVIII, completamenmte rodeados de follaje, las masas de agua les da un negro brillante. Esta región tiene un castillo-fortaleza. Hemos subido hasta ahí (¡es agradable hacerlo en un buen vehículo!) y a la cima de las montañas más altas, desde donde se divisan paisajes prodigiosos. Desde lo alto de estas rocas fabulosas, gris claro, se ve, de un lado, bajo las inmensas nubes, la evolución de las gigantescas montañas; del otro lado, el Océano Atlántico, con sus bahías azules, orladas de blanca arena, de grandes islas verdes. Hemos ido por la orilla de la playa durante mucho tiempo; hemos atravesado coquetos pueblos pequeños muy viejos, para llegar al estuario donde desembarcó Santiago y donde, más tarde, su cuerpo fue transportado en la famosa "arca" de piedra. Encantador anacronismo de la escultura del siglo XVI, que recuerda aquel suceso prodigioso encuadrado en el. . . Toison de Oro (¡otra bella aventura!) y sobre la cual, en la pequeña bandera que flamea sobre la barca

de piedra, está marcada. . . ¡La Cruz de Borgoña! ¡Fueron nuestros borguiñones los que realizaron tal hazaña!
Regresamos a lo largo del río que remontó la barca. Callejeamos por las rúas antiguas. Se podría deambular durante quince días por esta pequeña villa, la más "densa" que he conocido, toda irregular, con sus arcos, sus soportales, sus puertas labradas, sus luces, sus sombras. Todo aquí tiene, intensamente, un alma.

Santiago, martes, 24 de Julio de 1951.

Carta 31

Ayer fue una jornada verdaderamente apasionante.
Por la mañana visité con el poeta, que me recitaba -en las callejuelas exactamente iguales, con sus losas, su mugre, sus gallinas y polluelos, a como eran las de la Edad Media, poesías en gallego de la época, los vetustos conventos y los viejos barrios. Comida en común en un pequeño restaurante popular: platos regionales (por aquí se cocina divinamente).
Para después de almorzar, mis amigos me habían conseguido una invitación del más famoso arqueólogo de la comarca, un canónigo colosal que durante cuatro horas me ha mostrado el antiguo palacio de los Arzobispos, del Siglo XII, algo absolutamente inaudito como atmósfera; es el monumento número uno de la arquitectura civil en España; en él se conjugan gravedad, simplicidad de las estatuas, nobleza, poderío; después me ha descubierto, y hecho abrir, las puertas más enormes y más secretas para hacerme acompañar, por otro canónigo (es toda una ceremonia), al famoso. . . Codex Calixtinus, maravilla de frescor, con una escritura espléndida y con obras maestras de miniaturas (siglo XII), en un estado sublime, conservado también celosamente. De hecho, ésta es mi última jornada, pues mañana será el gran espectáculo, fuera de serie, con cien mil gallegos presenciando y participando en las ceremonias fastuosas de la Catedral (algunas horas), la danza de los gigantes ante el Santísimo Sacramento, el mercado (todos los animales. . . y las gentes de esta tierra). Ya en sí mismo, ésto será, al parecer, formidable.

Martes, tarde del 24 de Julio de 1951.

Carta 34

Festividad de Santiago, Miércoles, a media noche.

Carta 35

Mis últimas horas en Santiago tocan a su fin. Corro, vuelo. El corazón se me oprime en el pecho, pues esta ciudad es formidable, estas fiestas me han cautivado el alma y tengo mis sentidos llenos de una gran melancolía por tener que irme. ¿Cuándo volveré otra vez por aquí? Esto es el fin del mundo. . . Acabó, sin duda, para siempre, mi gran alegría peregrina. . .
Gran fiesta nocturna, el día 24, delante de la Catedral, fue fantástica: fuegos artificiales grandiosos y muy significativos: una mezquita que se enciende a los pies de las torres y sucumbe, entre los múltiples deslumbramientos, ¡ante la Cruz! Cien mil personas presentes; por todas partes andan las bandas de "gaiteiros" tocando sus gaitas, las

ancianas venerables rezan bajo el Pórtico de la "Gloria", otras mujeres pasan portando su gran cesta sobre su cabeza.
En esta mañana he participado, durante tres horas, de los oficios divinos, con una pompa verdaderamente oriental, con el "botafumeiro", incensario fabuloso, izado por los "tiraboleiros" y lanzado con fuerza y acompasadamente, oscilando de un lado al otro, a lo ancho de la Catedral (¡sesenta metros tiene el crucero!), esparciendo en ese ambiente irreal el aroma inefable y sublime del incienso. La ofrenda del "voto" (mil ducados) al Apóstol fue presentada por el Delegado del Gobierno y refrendada por el señor Arzobispo de la ciudad, etc. . .

Jueves 26 de Julio de 1951. Mediodía.

Arranco. No sabes cómo tengo el corazón de dilatado al tener que irme de aquí. He comulgado esta mañana en la cripta ante el altar donde se encuentra el sepulcro. De nuevo, he participado de la admirable Misa Mayor. No me decidía a salir, no podía, sentía el ánimo atribulado y no hallaba las fuerzas para reemprender la marcha, mi regreso.

Santa Cristina.

Carta 36

He dejado Santiago con una pena infinita. Es una ciudad de una densidad admirable, que atrae y aprisiona el alma. Es, la que siento, la misma emoción que debía embargar a todos los peregrinos, desde los inicios del peregrinaje santo, al emprender, a pie, el camino de regreso, que se volvían diez veces para admirar, y adorar nuevamente y enviarles su adiós postrero dejando con ello su sentimiento, las torres de la Catedral antes de perderlas definitivamente de vista. Debía ser grandioso, e inenarrable.
Esta tierra es, como Bretaña, bastante melancólica, con sus rocas peladas sobre la mar, sus pinos y su niebla ligera azul-grisácea, como la de ayer, o densa, ocultando completamente el sol, como la de hoy,
Desde mi ventana, veo toda la dársena, la ciudad, el Océano en la desembocadura del golfo, todo rodeado de colinas. Es muy bonito.
En cuanto a la ciudad, invitado por los Rof a cenar, la fui a ver ayer. Se atraviesa en veinte minutos la bahía, en un divertido "bateau mouche". La ciudad es alegre, con bonitos árboles muy floridos; las casas del puerto están llenas de ventanas, ésto no es más que una gigantesca vidriera pintada de azul. Los viejos barrios son pintorescos, con plazas recoletas; una, realmente adorable, tenía en el fondo, esculpido en piedra, un admirable peregrino participando en una escena del Juicio Final. Tiene una emotiva iglesia del primitivo románico-gótico dedicada a Santiago: miles de peregrinos llegaban aquí por mar desde Flandes, desde Alemania, desde Inglaterra, y venían también a venerar al viejo Santiago de piedra, "peregrino" de esta pequeña iglesia.
Después, me han llevado de excursión a la Torre de Hércules, el gran faro romano edificado, al borde mismo del Atlántico, sobre unas rocas. He participado del examen de una curiosa piedra, antiguo altar de los hombrecillos divertidos, burilados en la piedra, en la prehistoria, por los primeros nórdicos que desembarcaron por estas costas.

Llegada a Lora el miércoles 6 de Agosto, en medio de un júbilo general. . .

……………………………………………………………………………………………………

Asociación cultural "Amigos de Léon Degrelle"

Apartado de Correos n° 5.024 - 28080 Madrid - España. Presidenta de Honor:
Dª Jenne Marie Brevet (viuda de Léon Degrelle) Presidente: D. José Luis Jerez Riesco.
Autorización del ministerio de justicia n°160.621 del 22 Marzo 1996.

Email: leondegrelle2003@yahoo.com
Web: http://www.geocities.com/falconhard/presentacion.html